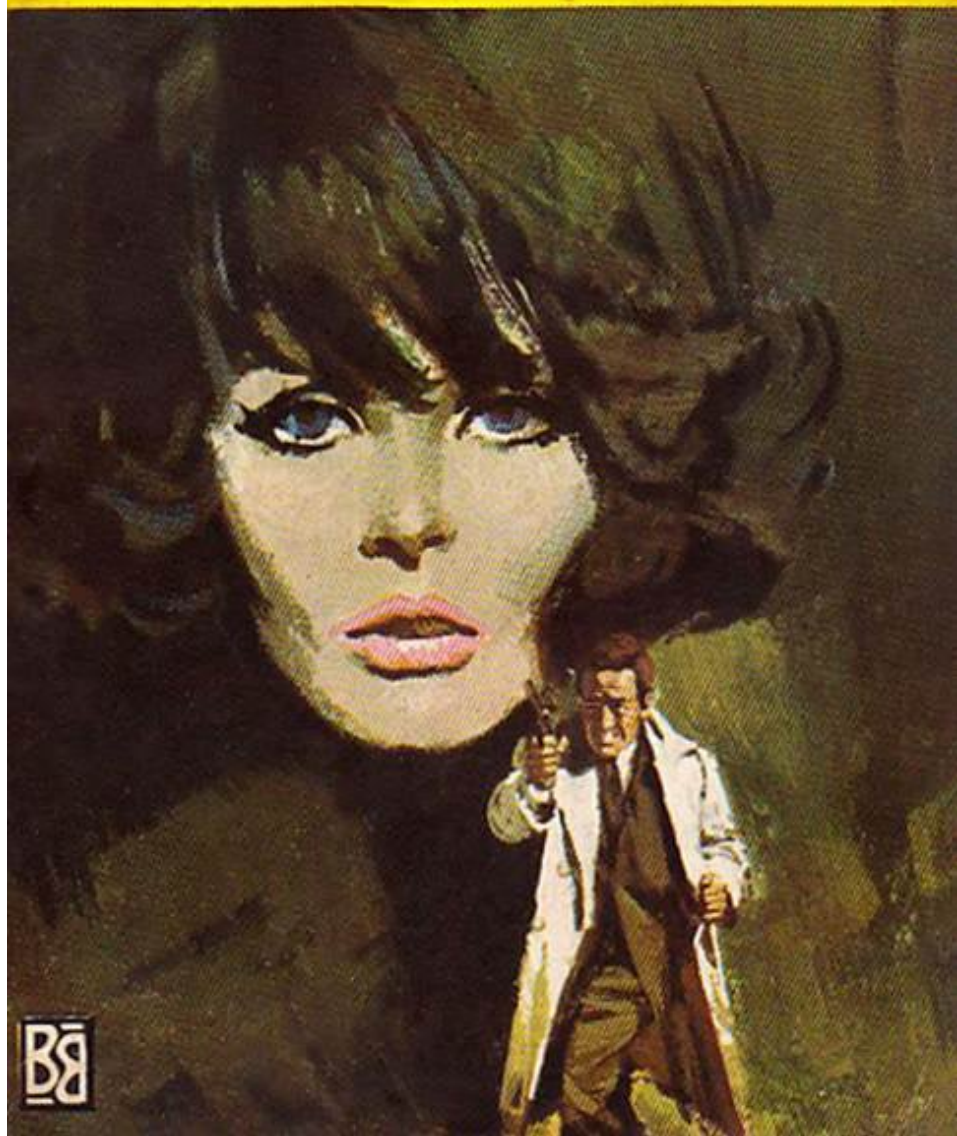


PUNTO
ROJO

el caso de los crímenes incomprensibles

frank caudett



EL CASO DE LOS CRÍMENES INCOMPREENSIBLES

FRANK CAUDETT

Colección PUNTO ROJO n.º 292

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



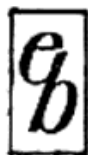
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES

CARACAS — MEXICO — RIO DE JANEIRO

COLECCION

PUNTO ROJO



Depósito Legal B 28985 — 1967
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: noviembre, 1967

© FRANK CAUDET — 1967
sobre la parte literaria

© ANGEL BADIA — 1967
sobre la cubierta

© ALTAMIRA — 1967
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2.
Barcelona (España)

Impresa en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2
Barcelona — 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL:

En Colección PUNTO ROJO:

286 — El enigmático profesor Sicosis.

En Colección SERVICIO SECRETO:

901 — Un fulano llamado Dennis.

En Colección CALIFORNIA:

571 — Pañuelo azul.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

165 — Objetivo: Patrick Drake.

En Colección KANSAS:

452 — Alias «Confederado».

En Colección BUFALO:

716 — Sírvase morir, *sheriff*.

En Colección ALTO SECRETO:

8 — Los Intocables fueron del FBI.

En Colección COLORADO:

499 — «Profesional» Joe.

En Colección BISONTE:

1.026 — Un *sheriff* elegante.

En Colección BRAVO OESTE:

349 — A ritmo de gatillo.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

267 — Paroxismo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

563 — Kichi-Manitú... Whisky... Sangre...

LORNA BRAMPTON

HECTOR
RIDGWAY



#128
9-4-67

CAPÍTULO PRIMERO

Obvio que todo hombre necesita de una mujer en la vida.

Profesionalmente, amorosamente, temporalmente, tres cuartos de hora al día... ¡O cómo diablos quieras llamarle!

Pero la necesita.

Héctor Ridgway, de profesión «sus marrullerías para vivir», traducido al castellano: detective privado, había necesitado de ella algo así como tres meses atrás.

Ya se sabe. Mucho antedespacho, mucho vestíbulo y poca secretaria, no quedaba nada bien.

No le daba prestigio a uno.

La había tenido, entiéndase secretaria, al principio. Cuando empezó. La chica se llamaba Maida y no estaba nada mal.

Con unas piernas de agárrate que viene torcida.

Pero Maida, como todas las mujeres inteligentes, tenía metida entre ceja y ceja la idea loable de «cazar» unos pantalones, hacerlos desfilar ante un juez de paz... y que el propietario de los «susodichos», extendiera firma y rúbrica de su puño y letra conforme se comprometía a mantenerla hasta que la muerte...

En fin, la fábula de siempre.

Pero Maida, perseverante, había «cazado» un primo con «pasta» en tiras de a kilómetro cuadrado cada una y...

Y el bueno de Héctor se había quedado como el gallo cuyo nombre no me viene a la memoria. Sin secretaria e investigando.

Por eso necesitaba, mejor dicho había necesitado, tres meses atrás, de los servicios de una mujer.

¡Eh, compañero!, sin malas interpretaciones. ¡Hasta ahí podríamos llegar!

Héctor era un hombre serio, juicioso, formal, consciente, comedido... ¡Ah!, y sobre todo, lo suficiente inteligente como para no pensar en matrimonio ni estupidez que se le pareciese hasta los ochenta y dos años cumplidos.

Pero la «secre»... ¡eso sí le hacía falta!

Anuncio al canto en la columna de demandas, y a esperar se ha dicho.

Y cuando la vio entrar puerta adentro... los ojos estuvieron a punto de caérsele encima de la mesa.

El, los tenía azules.

Ella, verdes.

Pero además, ella tenía otras muchas cosas que él no tenía.

La ley de compensación.

Por ejemplo, Elva estaba dotada de un perímetro torácico con propiedades sobresalientes, turgentes, erectas y contundentes... que en Héctor se hubiesen prestado a larga y enconada controversia.

Además, Elva, traía puesto un vestido rojo, rojo escarlata, rojo vivo, rojo sangre... ¡que se las traía!

Muy bien puesto.

Maravillosamente escotado.

Y al inclinarse hacia él, apoyando las palmas de las manos encima de la mesa, Héctor dijo:

«—*Te quedas.*»

Luego le preguntó el nombre, le preguntó si sabía escribir a máquina, si sabía taquigrafía... y otras bobadas por el estilo.

Quedó bien sentado, y bien sentado, que sí sabía cómo situarse en una silla para que sus rodillas fuesen el preludio de...

Héctor se percató bien de...

Cada día, Elva se cambiaba de vestido. No de tamaño de escote, por supuesto.

Y eso contribuía mucho a que se llevaran bien.

Le costó muy poco convencerla de lo incómodas que eran las sillas para tomar apuntes taquigráficos.

Y ella tampoco necesitó demasiado tiempo para convencerlo de que debía besarla entre siete y veintisiete veces al día.

Correcto.

Días después, se suprimió lo de Héctor por

«—*Querido...*

»—*¿Sí, muñeca?*»

* * *

Héctor Ridgway alzó la cabeza de los papeles que tenía sobre la mesa al oírla entrar.

¡Y cómo entraba!

Con un vestido azul eléctrico, corto y estrecho, más escotado que de costumbre.

Le brillaban los ojos verdes, le sonreían los entreabiertos labios, gordezuelos, húmedos, frescos, sensuales...

El, se mesó los rebeldes y negros cabellos.

—Elva... tú quieres que yo me case contigo, ¿verdad?

Hizo ella un guiño picaresco.

—No sé... si mi padre otorgaría...

Héctor suspiró profundamente.

—Aquí no se trata de que tu papaíto otorgue o deje de otorgar, se supone con conocimiento de causa que tú te has propuesto volverme loco de atar... que dicho en otras palabras es sinónimo de matrimonio. ¿Digo bien?

Elva se dejó caer frente a la mesa del detective.

—Dices mal, querido. Me gustas, no lo niego. Pero no entra en mis cálculos atarme a ti por toda la vida.

Héctor arqueó las cejas.

—¡Sopla! Es la primera vez en mi peregrino errar por este valle de lágrimas que oigo razonar a una mujer hecha, muy bien hecha, y derecha, con tanta lógica y frialdad. Podrías decirme entonces... ¿qué signífico yo en tu vida?

Elva entrecerró aquel par de luminosas maravillas que tenía por ojos.

—Es fácil responder a la pregunta, amor. Tú eres... la libertad.

Héctor se quedó de una pieza.

—¿La libertad? Oye... ¿no me estarás confundiendo con la estatua que se divisa desde alta mar antes de llegar a Manhattan... verdad que no?

Sonrió la hermosa mujer.

—No... y sí.

—Tú te entiendes y bailas sola, ¿eh?

Elva cruzó las piernas. Un cruce que sacaba chispas. Lo mismo que unir dos hilos eléctricos del mismo polo a la misma fase.

¿Entiendes electricidad, amigo? ¿Sí? Estupendo, vas asimilando.

—Yo, querido, vivía atada hasta que te conocí.

—¡No me digas!

—Hay muchas maneras de sentirse atada, Héctor. Un padre con dinero puede atarla a una y hacerla sentirse desgraciada. Víctima de un complejo de inutilidad.

—No me aclaro, palabra.

—¿Tú nunca le has pedido dinero a tu padre para comprarte un traje, unos zapatos... una chuchería que fuese de tu capricho?

—No. Desde luego. Me hubiese multiplicado por seis las costillas.

—Entonces, has sido feliz siempre. Como yo desde que estoy contigo. Me pagas un sueldo que me permite atender mis caprichos sin necesidad de justificarlos, puedo vivir mi vida sin depender de nadie... estás tú, que me gustas, que me invitas a cenar, que me besas... pero, ¿quién ha dicho que debemos casarnos? Destruiríamos la felicidad de que ambos disfrutamos ahora.

Héctor fingió recapacitar.

—A ver si he interpretado bien —musitó lentamente—. Yo soy, lo que la gente llama un «primo» de tomo y lomo.

Elva se removió en la silla de forma que el vestido cubriera bastante menos que nada.

—No, amor. Eso es ser injusto con uno mismo. ¿Acaso no tienes compensaciones?

Meditó el detective sobre lo que sucedía cada noche que la invitaba a cenar después de eso.

Sí. Estaba compensado. ¿Para qué casarse?

—Correcto. Uno a cero a favor tuyo. ¿Cenamos esta noche, reina?

Curvó sus labios en un mohín de disgusto.

—¡Oh, amor! Esta noche es imposible.

Héctor frunció el entrecejo.

—¿Has encontrado otra «estatua de la libertad»?

—¿Celoso?

—Mosca. Sólo un poco mosca.

Rió ella encantadoramente.

—Soy noble, cariño. Te lo hubiera dicho. Por otra parte, no se encuentran estatuas como tú.

—Entonces, ¿qué impedimentos existen para que esta noche no degustemos la típica cocina de Madame Roger?

—Compromisos sociales de mí distinguido papá. Estamos invitados a la cena que Milford Lester ofrece a sus amistades con motivo de la

presentación en sociedad de su bella y estúpida hija, Mavis. ¿Satisfecho, pesquisa?

—De mosca, paso a mosquito. Pero de satisfecho, nada. ¿Mañana?

—Correcto, estatua. ¡Ah!, ¿te importará que hoy me retire un par de horas antes? Tengo que pasar por la peluquera...

—No te esfuerces. Sabes que puedes hacer lo que quieras.

—¡Eres un sol, Héctor!

Se levantó impulsivamente, enroscó sus brazos tibios al cuello del hombre, abrió la boca...

Lector... ¿te juegas medio dólar...?

De acuerdo, he perdido. Se besaron.

Pero el beso... ¡ja!, sólo yo sé cómo fue.

CAPÍTULO II

Joe Collins, apresuradamente, se levantó aquella noche mucho antes que de costumbre.

Dijo a sus compañeros de mesa del Royal Club:

—Lo siento, amigos —y su voz no parecía lo segura que de ordinario—. Es preciso que me marche.

—¡Eh, Joe! —exclamó uno de los que escuchaban—. ¿Vas a perderte el plato fuerte de la noche?

—¡Cierto! —intervino otro—. ¿Sabes quién actúa dentro de cinco minutos?

Joe Collins, con creciente nerviosismo, asintió:

—Lo sé. Yolanda Kramer. La *strip-teaser* más extraordinaria y escandalosa de todos los tiempos.

—¿Entonces...? —dijo interrogando el que primero hablara— ¿A qué diantre viene tanta prisa? Si aún se tratara de uno de nosotros... «casadotes» y tal. Pero tú, viudo afortunadamente y sin compromiso... ¡Venga, hombre, venga! ¿Por qué no te quedas? Nos marcharemos luego todos juntos. ¡Anda! ¡Échanos una mano para terminar con este «botellón de champaña»!

Joe sacudió, negativamente, la cabeza.

—¡Imposible! —exclamó—. Tengo que hacer...

—¿A las once de la noche? —preguntó otro de los reunidos, con incredulidad.

—A las once de la noche —asintió Joe, en cuyo semblante empezaba a notarse cierta agitación.

Consultó, de nuevo, su reloj de pulsera.

—Tengo el tiempo justo —anunció—, para acudir a una cita. Siento muy de veras no poder quedarme a ver a Yolanda; pero si lo de esta noche marcha bien, mañana os invito yo a tomar veinte «botellones» de champaña.

Y sin dar más explicaciones ni hacer caso de las reiteradas protestas de sus compañeros, salió del club, recogió gabán y sombrero en el guardarropa y pidió al portero que le buscara un taxi.

Media hora después, se apeaba en Kings Street, Brooklyn, frente a un edificio desvencijado, sucio y de aspecto humilde, que aseguraba ser: Pensión Trawers.

El vestíbulo era una auténtica cochinería.

Un par de sucias y polvorientas butacas. Una mesa con rayas, inscripciones a cuchillo, fechas de inicios de idilios, etc., etc.

Tras un raído mostrador dormitaba un tipo de edad avanzada acodado sobre el tablero de una vieja centralita, telefónica.

—¡Eh, conserje! ¡Despierte!

Se sobresaltó el fulano.

—¡Qué...! Un momento, amigo, ¿quién rábanos es usted?

El otro engulló saliva.

—Me llamo Joe Collins. Esta tarde, sobre las tres, llamé reservando un cuarto para pasar la noche.

El fulano, con una cabeza más rapada que eso redondo con que se juega al billar, se frotó los legañosos ojos.

Buscó debajo del mostrador un mamotreto de cubiertas grasientas.

—Veamos... —se caló unas gafas del año de la «María Castaña»—, ¿ha dicho que se llama?

Taconeó impaciente, consultando nervioso su reloj.

—Collins. Joe Collins.

—Verá —se explicó el de la cabeza pelada y brillan te—, es que hoy precisamente, a las cuatro de la tarde, esta honrada pensión ha cambiado de propietario. Todo el personal, incluido yo, somos nuevos. Y como los que estaban antes no llevaban muy al corriente esto del registro y las reservaciones... veamos, veamos. ¡Ajá! ¡Eso es! Ha tenido suerte, compañero. Se acordaron de apuntar su nombre y apellido. Eso es... Joe Collins. Tiene usted asignada la habitación número ocho del primer piso.

Le hizo firmar en el registro, entregándole la llave acto seguido.

Collins, sin entretenerse un segundo más, echó veloz hacia la escalera que se iniciaba a la derecha, en el fondo del vestíbulo.

—¡Un momento, un momento! ¡No tan aprisa, compadre! —exclamó el funcionario de las gafas—. Tiene usted que abonarme un dólar y medio.

Collins, sin cesar en las frecuentes consultas a su reloj, volvió sobre sus pasos.

Dejó un par de dólares encima del mostrador.

—Quédese con la vuelta.

El pesado conserje lo atrapó por una manga del gabán.

—Ya que es usted tan generoso... —bajó la voz para dar al resto de la frase un aire de misterio—, voy a hacerle una advertencia.

—¿De qué se trata?

—En la habitación contigua a la suya se aloja un imbécil que dice ser violinista. Se ha tirado media tarde ensayando... pero ha asegurado que cuando mejor le salen las cosas es con la quietud de la noche. ¿Entiende? Si quiere descansar yo le puedo...

Collins, dando muestras de un creciente nerviosismo, se zafó de la mano del conserje lanzándose en busca de la escalera mientras murmuraba:

—Lo que menos pienso... es en dormir.

Llegó al descansillo y segundos después frente a la puerta numerada con el ocho la que abrió sin dificultad.

Cerró con llave, corrió el cerrojo, se despojó del gabán tirándolo hacia un rincón, suspiró prolongadamente, dio un vistazo a su alrededor...

Una mesa que se sostenía por milagro pese a los desesperados esfuerzos de la carcoma por conseguir opuestos propósitos, un catre, no podía dársele mejor nombre, un par de sillas...

¡Vaya, eso sí que era chocante!

Del techo pendía una araña de cristal, modelo clásico, que más de uno hubiese querido tener en su casa.

Pero Joe Collins, que no hacía otra cosa que consultar el reloj, poca importancia dio al detalle de que en una habitación tan mísera hubiesen colgado del techo una lámpara tan valiosa.

Buscó con manos trémulas la cartera que llevaba en el bolsillo interior de su chaqueta.

Del departamento empleado como billetero, extrajo una cuartilla de papel blanco que estaba cuidadosamente doblada.

La desdobló.

Por... no sabía cuántas veces desde el momento en que la recibiera, volvió a leerla.

En letra encarnada, grande, como de imprenta, había escrito en la cuartilla:

«La esmeralda fatídica. Dentro de doce horas recibirás otra igual. Es un aviso de la muerte. La segunda llegarás a verla pero no a tocarla...

La muerte ya estará contigo. Ella... es inexorable.

»22.11.36.«

Joe Collins, temblando de pies a cabeza, buscó ahora en el bolsillo exterior derecho de su chaqueta.

Extrajo una verde y refulgente esmeralda.

—No... —musitó con un hilo de voz—, no es posible que después de tantos años...

Consultó el reloj.

Había recibido el paquete con la esmeralda a las doce en punto del mediodía. Ahora...

¡Faltaban tres minutos para las doce de la noche!

¡La hora fatídica!

Miró de un lado para otro como tratando de asegurarse de que estaba solo en el cuarto.

Súbitamente, dejóse oír un chirrido.

Collins sintió que se le erizaban los cabellos de la nuca, que los ojos amenazaban con saltar de las cuencas...

Y luego, de repente, soltó un ruidoso y prolongado suspiro.

¡El estúpido violinista!

Empezaba a ensayar. Quizá la música fuese un sedante para sus nervios en aquellos terribles minutos de angustiosa espera.

Sí... ¿por qué no?

Pues el tipo de la habitación de al lado no lo hacía del todo mal. Aquello que estaba interpretando era... era...

¡Ya! «Movimiento perpetuo», de Paganini.

Por encima del arrullo de las cuerdas del violín se alzó un débil y fugaz ruido.

Collins giró en redondo.

Aterrado.

Entonces reparó en el sobre blanco que había encima de la mesa,

Estaba inmóvil, rígido, hierático.

¡Porque no recordaba haber visto aquel sobre abultado al entrar en el cuarto!

Con pasos cautelosos, medidos, arrastrando los pies sobre las gastadas baldosas, cual si un misterioso impulso hipnótico le empujara hacia ello, Joe Collins fue acercándose a la mesa.

Se inclinó.

Febrilmente abrió el sobre blanco.

¡Una esmeralda rodó por encima de la mesa!

Collins trató de alcanzarla con los dedos...

Una nota vibrante, aguda, lastimera, huyendo discordante al pentagrama, pareció quebrar como un grito espeluznante los compases anteriores.

Collins, cuando sus dedos rozaban ya la esmeralda, notó que algo se clavaba en su nuca.

Algo que se había desprendido de la monumental araña.

Las fuerzas lo abandonaron al instante, una extraña lasitud se apoderó de todos sus miembros, resbalaron sus manos por encima de la mesa tratando de aferrarse a ella.

Cayó, al fin, pesadamente, de espaldas al suelo.

Inmóvil.

Las manecillas de su reloj señalaban las doce en punto de la noche.

Y lejos de él, sobre la mesa, la fatídica esmeralda *que sus dedos no habían llegado a rozar*.

Estaba muerto.

* * *

—¿Aún no te has acostado, Mortimer?

El mayordomo ensayó una leve reverencia.

—No tenía sueño y he pensado esperar el señor por si, a pesar de todo, necesitaba algo a su llegada.

Jerry Beverel miró al fámulo de una forma extraña. —Gracias, Mortimer —dijo al fin—. No necesito nada. ¿Se han retirado a descansar las señoras?

—Por supuesto, señor. Están en sus habitaciones desde hace algo más de una hora. ¿Ordena algo el señor? —No, nada. Gracias. Puedes acostarte ahora mismo.

Yo aún permaneceré un rato en mi despacho. Quiero darle unos retoques a la novela que he terminado esta mañana.

—Como el señor ordene —contestó el mayordomo, ayudando a Jerry a quitarse el abrigo.

Beverel cruzó el vestíbulo, abrió la puerta de su despacho y la cerró, nuevamente, tras él.

Durante unos momentos permaneció inmóvil, mirando a su alrededor. Nada parecía haber sido tocado en el cuarto. Se acercó a la

enorme biblioteca, cuyas puertas vidrieras estaban cubiertas con cortinas. Las abrió y se asomó al interior, como si temiera hallar alguien oculto entre los libros.

Miró detrás del diván y de los sillones, tomó uno de los atizadores y lo agitó chimenea arriba, sin pararse a pensar que nadie hubiera podido permanecer escondido allá mientras en el hogar ardiera un fuego tan hermoso como el que había.

Hasta miró la caja del monumental reloj antes de darse por satisfecho.

Firmemente convencido de que se hallaba solo en la estancia, se aseguró de que los ventanales que daban al jardín estaban herméticamente cerrados y con las persianas echadas.

Por último, cerró con llave la puerta de entrada y cortó los cerrojos para mayor seguridad.

Para entonces, eran ya las doce menos diez.

Se situó tras la mesa arrastrando la silla hacia atrás para tener la certeza de que entre respaldo y pared no cabía ni un alfiler.

Luego, del cajón central, extrajo una pistola automática de gran calibre. Le quitó el cargador, examinándolo cuidadosamente. Probó todo el mecanismo del arma. Luego, colocó el cargador de nuevo, deslizó hacia atrás la corredera, escuchó el clic del proyectil al penetrar en la recámara, suspiró y se dispuso a esperar.

Sólo el monótono tic-tac del reloj interrumpía acompasadamente el silencio de la estancia.

Tic-tac... tic-tac... tic-tac...

Las doce menos cinco.

Jerry Beverel, seguro de sí mismo, sonrió. Y fijando sus ojos en la máquina de escribir, musitó:

—Cuando falte medio minuto... pondré una cuartilla en el carro y describiré con mayor fuerza que nunca lo que es en verdad sentir un pánico terrible... lo que es aguardar la muerte...

Tic-tac... tic-tac... tic-tac...

Las doce menos un minuto.

Jerry, sonriendo de nuevo como para alentarse y aumentar su ánimo, buscó en uno de los cajones de la mesa donde guardaba las hojas que empleaba para escribir sus novelas.

Puso una en la máquina y empezó a girar el carro lentamente. Luego, lo dejó libre para centrar el papel.

Tic-tac... tic-tac... tic-tac...

Las doce menos treinta segundos.

La tensión de su cuerpo era eléctrica, insoportable... le invadió un pánico cervical y hasta hubo de hacer un esfuerzo titánico para ahogar el grito que pugnaba por escapársele de la garganta. Si cedía a los nervios estaba perdido. Era preciso dominarse, resistir, para no enloquecer.

Miró la pistola. Luego la máquina.

Eso. Escribir. Como había pensado. Sobre el miedo, sobre el horror...

Pulsó las teclas con furia.

Algo saltó en el aire, refulgiendo con destellos verdosos.

¡Una esmeralda!

—¡No! ¡Es imposible! —gritó.

¡Dong...!, ¡dong...!

Las primeras campanadas de medianoche empezaron a sonar. Aún se oía en el aire el eco de la segunda campanada cuando Jerry se puso en pie, siguiendo con los ojos la trayectoria del diáfano pedrusco.

Instintivamente estiró los dedos de la diestra hacia la culata de la pistola.

Pero no culminó el movimiento. Porque una fuerza superior le obligó a llevarse ambas manos hacia la garganta.

...¡Dong...!, ¡dong...!, ¡dong...!

Sentía una constricción enorme. No podía respirar. Intentó gritar de nuevo, pedir auxilio. Le acometió un acceso.

...¡Dong...!, ¡dong...!

Quiso dar un paso hacia las ventanas, pero las piernas se negaron a sostenerle.

Cayó pesadamente en la silla.

Y las cinco campanadas restantes ahogaron, cual sonoro sudario, su postrer estertor.

Cesó todo movimiento.

Apagóse el eco de la última campanada.

Jerry Beverel, tras la mesa, sentado e inclinada la cabeza ligeramente, parecía dormitar.

El reloj, muerto el eco de las doce campanadas de medianoche, siguió susurrando con su sempiterna monotonía:

Tic-tac... tic-tac... tic-tac...

Los amplios ventanales de la suntuosa residencia del multimillonario Milford Lester, resplandecían brillantemente.

Se celebraba, con una extraordinaria gala nocturna —a la que habían sido Invitados periodistas, reporteros gráficos, cronistas de sociedad y, ¿cómo no?, la flor y nata de Nueva York—, la puesta de largo de su hija, Mavis Lester.

Una preciosa muñeca de cabellos pelirrojos y ojos azules.

En el magnífico comedor había sentadas una treintena de personas de ambos sexos. La conversación era animadísima, y la servidumbre, moviéndose con silenciosa agilidad, cuidaba de que ninguno de los comensales tuviese el vaso vacío.

A las once y media, terminada la opípara comilona, los invitados empezaron a dar muestras de desasosiego. Entre el fuego que ardía en la monumental chimenea, la abundante comida, el alcohol, etc., empezaban a sentirse un poco sofocados.

Las señoras, para no perder las buenas costumbres, fueron pasando en grupos al tocador, con el fin de asegurarse que los cosméticos y demás seguían manteniendo intacta su deslumbradora belleza.

Elva Mains salió sonriendo y comentando con la señora Brampton y su hija Lorna lo agradable que resultaba la velada.

Madge Brampton, exclamó de repente:

—¡Oh, ya se me olvidaba! ¿Me disculpáis? Este padre tuyo... —agregó, mirando a su hija Lorna—, si no le recuerdo yo que debe tomar las pastillas... ¡vaya un médico! Si tuviera con sus pacientes el mismo cuidado que tiene con él... ¡sepulturero y no médico, sería!

Se alejó, dejando a las muchachas enfrascadas en agradable charla.

—¡Slim...! ¡Slim Brampton! —clamó la obesa señora Madge, al tiempo que abría su bolso—. ¡Tus píldoras! ¿Qué pasará el día que yo me olvide?

Slim Brampton, apartándose unos segundos del corro de caballeros en cuya polémica intervenía, reconvino a su esposa:

—Está bien, está bien, Madge. ¿Te parece necesario que todo el mundo se entere...?

—¡Anda, anda! ¡Tómate las píldoras y calla! Despistado, eso eres tú. Un despistado.

El médico cogió el tubo, fulminando a su esposa con la mirada. Tragó un par de tabletas y requirió de uno de los criados un vaso de agua.

Seguidamente se reintegró al grupo de conversadores.

En aquel instante, el anfitrión, a instancias de sus más calurosos invitados, ordenó:

—¡Abran un poco las ventanas!

Varios criados corrieron a obedecerle. Las tres grandes ventanas que daban al jardín fueron abiertas y la atmósfera pareció hacerse más respirable.

Slim Brampton se apartó del grupo —estaban muy cerca de una de las ventanas— consultando con cierto nerviosismo el reloj que lucía una brillante esfera de cristal, sobre la repisa de la chimenea.

Las doce menos diez.

Y cuando faltaba un minuto para la medianoche, Milford Lester anunció que el baile iba a empezar.

Tomó del brazo a su hija Mavis cuando, coincidiendo con la primera campanada de las doce, la orquesta atacó los primeros compases de un conocido vals.

Slim Brampton dio un paso en busca de su esposa.

Experimentó, de pronto, una extraña sensación en la garganta. Se le nubló la vista.

De súbito, exhalando un ronco gemido, cayó al suelo presa de violentas convulsiones, parecidas a las que se observaban en los casos de epilepsia.

La piel parecía tornarse de color azulado; los ojos vidriosos y de mirada fija, con las pupilas dilatadas, estaban clavados en la piedra verde que, cual arrojada desde el exterior del jardín a través de una de las ventanas, tintineaba a un palmo de su cabeza.

¡Una esmeralda!

Las convulsiones se tornaron en parálisis y la respiración se fue haciendo más leve hasta cesar por completo.

—¡Brampton! —gritó uno de los invitados—. ¿Qué le ocurre?

—¡Un médico! —pidió alguien.

Madge y Lorna corrieron, congestionado el rostro, hacia el lugar en donde yacía el hombre.

—¡Slim...!

—¡Papá!

Las agujas del reloj que reposaba sobre la repisa de la chimenea, empezaban a separarse lentamente para dejar atrás la medianoche.

CAPÍTULO III

Héctor Ridgway fue uno de los últimos espectadores que abandonó el Manhattan Cinema.

Pensando.

En lo estúpida que era la gente.

En lo bien que se lo estaría pasando su secretaria en la fiestecita de marras, bailando bien apretadita contra un chico mono de sociedad.

¡Mira que ponerse a trabajar de secretaria de un detective para permitirse algunos caprichitos!

Ni de secretario del gobernador hubiese trabajado él, teniendo un «papuchi» con dólares a «manta».

Las mujeres eran desconcertantes a la hora de razonar.

Y él, por la fiesta dichosa, se había quedado sin cenar con Elva... y sin resopón.

Lo último, lo último... ahí estaba la madre del cordero.

Y para acabarlo de arreglar se le había ocurrido meterse en un cine en el que, tras engullirse un documental de cómo se cazaban cocodrilos, había tenido que tragarse una películita de James Bond.

¡Ah!, y la gente tan satisfecha. Un tío volando con un aparato encasquetado a la espalda... ¡y, hala, licencia para matar!

Había que insistir en lo de que la gente era bastante crédula, bastante estúpida... o en que tenía muchos problemas durante las horas laborables y corría a evadirse de ellos, viendo las tropelías del superagente 007.

La vida.

Así pensando, para zafarse al aburrimiento y a la rabia que lo consumía por la frustrada cena con Elva, Héctor caminaba lentamente por la 42 Oeste, aguantando con estoicidad los tropezones con el gentío que desembocaba a la calle, procedente de los muchos cines y teatros allí ubicados.

Lo mismo que en la 44 Oeste, Broadway, la Séptima Avenida... aquel cruce iluminado con brillantez a cualquier hora de la noche que, formando una Z gigantesca, veía desfilar a todos los trasnochadores de

la ciudad.

¿Tomar un whisky?

¡Bah!

Para meterse en cualquier antro, con peste a sudor y colonia barata, donde cuatro golfas treintonas esperaban al «primo» de rigor...

¿Y llamar a alguna chica conocida?

Al fin y al cabo, si Elva campeaba por las suyas. Ella mismo lo había dicho: nada de casamientos, nada de ataduras.

Bueno... ¿y por qué demonios se le había ocurrido a él hablarle a Elva de matrimonio?

¡Y un cuerno como el Empire!

La soltería era todo un certificado de libertad, y la libertad, uno de los valores humanos que más debía considerar el hombre para alcanzar cualquier meta que se propusiera en la vida.

Fíjate tú... huevos con jamón cada día... «¿Salimos esta noche...?» «No, hoy no, querido. Tengo jaqueca...» Los pantalones por planchar... «¡Tú no sabes el trabajo que lleva una casa...!» La criadita con su falda por encima de la rodilla... «¡Ya estoy harta de que le mires las piernas como si nunca hubieras visto...!»

¿Matrimonio? ¡Un infierno!

Soltería. Libertad. Muchas metas que alcanzar.

Héctor escapó a sus pensamientos, se detuvo en seco, clavó sus ojos en la puntera de los zapatos.

¿Perla May?

No era mala idea. La había conocido medio año atrás, cuando investigaba las andanzas de su hermano con una rubia del *burlesque* por encargo de la cuñada de Perla.

Perla había respondido como un «Cadillac» recién sacado de la fábrica.

Correcto. No había más que pensar.

Reanudó su camino, esta vez con pasos presurosos, en dirección a una vecina parada de taxis.

Se coló en uno de ellos.

El chófer echó la gorra hacia la nuca y se volvió para mirar al pasajero.

—¿Dónde vamos, jefe?

—A casita, paisano. 217 Bruckner Boulevard. En el Bronx.

—O.K.

Héctor se retrepó en el asiento. Así. A casita. Golpe de teléfono, y largándole a Perla un cuentazo sobre lo terrible que era para un hombre la soledad de su apartamento... soledad, ¡eso sí!, que dejaba de ser tan terrible cuando uno se acordaba de que tenía una linda amiguita como ella.

¿Y la «secre»?

¡Que se pudra!

El taxi había tomado Franklin Delano Roosevelt Drive, torcido por la 125 Th Street, alcanzando por ésta el Triborough Bridge y, por él, la entrada al Bronx.

Delegan Boulevard y...

—217 de Bruckner Boulevard. Hemos llegado, jefe

Pagó, y se apeó.

Escaleras para qué os quiero y rumbo al mueble bar.

Un vaso. Pegado a él, en posición vertical, el dedo índice de la mano izquierda. Con la otra, escanciando whisky hasta la altura del dedo.

Luego, escondido el pulgar de la derecha, mojar los cuatro dedos restantes en un jarro de agua y sacudirlos encima del vaso.

Fórmula de propia invención: un dedo de whisky y cuatro de agua.

Se lo engulló de un trago, largándose de cara al teléfono.

—¿Qué le diré yo a la preciosa...?

¡Riiiiing! ¡Riiiiing!

Miró al aparato con el ceño fruncido.

—¡Si será...! ¡Ponerse a graznar ahora como un desesperado!

Alcanzó el auricular de muy mala gana.

—Diga —masculló.

—¡Héctor! ¡Gracias a Dios!

Héctor cerró los ojos y se puso a pensar en aquella voz que reconocía y que seguía insistiendo:

—¡Héctor! ¿Estás ahí? ¿Me escuchas?

Se dejó caer en una butaca.

—¡Claro que te escucho, preciosidad! Y me digo a mí mismo: «Héctor, eres un imbécil. ¿Cómo no te habías acordado de Lorna?» A tu disposición, encanto.

Escuchó la voz de ella, ahogada, angustiosa, casi febril:

—¡Héctor! No... tengo el ánimo para bromear. ¡Papá ha sido asesinado!

El detective apartó instintivamente el auricular para mirarlo con

ojos desorbitados.

Lo empotró en el oído.

—Repite eso, Lorna.

—¡Papá... lo han envenenado, Héctor! ¡Es horrible! ¡Horrible!

—Lorna, procura serenarte. ¿Desde dónde estás llamando?

—Desde la residencia del señor Milford Lester...

—¿Has dicho Milford Lester?

—Sí... ¿qué te ocurre?

Por el cerebro de Héctor había desfilado una secuencia vivida aquella tarde con su secretaria.

El imbécil de Milford Lester tenía la culpa de que él no hubiese cenado con Elva.

—Nada, nada, pequeña —respondió a través del auricular—. ¿Cómo ha sucedido eso tan horrible?

—¡No puedo, Héctor! No puedo entrar en detalles ahora. La policía está revolviendo toda la casa. Nos están interrogando. Nadie puede salir de aquí—, ¡te suplico que vengas! ¿Lo harás, Héctor?

—Hecho.

Y colgó.

Bueno, si no dejaban salir a nadie de la señorial mansión del superestúpido señor todopoderoso don Milford Lester... ¿dejarían entrar a alguien?

Cuestión de intentarlo.

* * *

—¿Quién es usted? ¿Adónde se dirige?

Sonrió el preguntado.

—Como el orden de los factores no altera el producto... me dirijo al interior de la finca, soy Héctor Ridgway, detective privado. ¿Y usted, amigo, quién es?

El otro cuadró las mandíbulas. Dijo, desabrido:

—¿No ve mi uniforme?

Héctor arqueó las cejas.

—¡Oh, sí, por supuesto! ¡Cómo no! Es que nunca sé en qué día vivo. Por un momento había pensado que ya era carnaval.

El *policeman* se interpuso entre Héctor y la entrada de la verja.

—¿Pretende, por casualidad, tomarme el pelo?

Mostró el detective la palma de ambas manos.

—Palabra que no. Mejor que nadie sé el respeto que se le debe a la autoridad. Y ahora... ¿permite?

—No puede entrar.

Chispearon peligrosamente los azules ojos del detective. Hasta cambió su expresión y las correctas facciones se tornaron duras.

—Un momento, *cop*. Su autoridad, debo recordárselo, es limitada. Ahí dentro se encuentra una persona, una preciosa muchacha llamada Lorna Brampton, la cual acaba de llamarme por teléfono, encomendándome investigue la muerte de su padre. Tengo mis documentos en orden, poli, y ninguna ley me impide hacer uso de mi licencia, si alguien me requiere para una investigación. Ahora... ¿paso por las buenas o debo agredir a la autoridad que representa ese sucio uniforme?

El agente crispó los puños, apretándolos contra el cuerpo.

Se hizo a un lado.

—Entre —masticó las letras—. Hable, antes de nada, con el teniente Richard...

—¡Oh, Richard Surray! ¡Mi gran amigo Surray! Qué alegría no va a tener al verme...

Y con este comentario irónico, Héctor Ridgway, olvidándose de Perla, caminó por el sendero que flanqueaba el jardín en dirección a la casa.

Otro *policeman* le salió al encuentro, no bien hubo puesto un pie en la escalinata de mármol.

—¿A quién busca, amigo?

—Al teniente Richard Surray, de la honorable Brigada de Homicidios.

—Sígame.

Lo condujo, a través de una serie de pasillos, hasta un despacho regiamente amueblado, el del propietario de la finca sin duda, del que Surray había hecho su cuartel general.

En aquel instante salía uno de los invitados que, seguramente, acababa de ser «atornillado» por el teniente.

—Se puede...

Richard Surray, hombre de mediana edad, alto, complexión atlética y ojos grises de penetrante mirada, alzó la cabeza.

Se fijó en el risueño rostro que había en el umbral de la puerta.

—Tu sonrisa es hechicera, Héctor. Pero yo no soy la Doris Day. ¡Qué demonios estás haciendo en esta casa!

El detective avanzó unos pasos despacho adentro.

—Pues verás... —musitó burlón—, si te digo que turismo, ¿«tragas»? No, verdad. Entonces, imagínate qué puede estar haciendo un detective en una señorial mansión en la que se ha cometido un horrible crimen. ¿Lo adivinas, teniente?

A Surray se le congestionó el rostro.

—Oye, «lindo», no estás tratando con ninguna de tus bellas amiguitas, ¿lo entiendes? Si tienes ganas de bromear, bromea con tu...

—Si completas la frase —le cortó Héctor en un tono casi ominoso—, garantizado que te tragas un incisivo y dos molares, teniente. Cuida tu vocabulario, si no quieres que te busque un lío medianamente gordo.

Surray, a su pesar, se intimidó.

—¿Cómo sabes que aquí se ha cometido un asesinato?

—Me lo han dicho por teléfono hace unos minutos. No me preguntes quién, te lo voy a decir: la hija del muerto, Lorna Brampton. Es una de mis... bellas amiguitas. Estoy en el caso, porque ella me ha contratado. ¿Alguna objeción?

Surray llamó:

—¡Bill!

Apareció el *cop* que montaba guardia a la entrada del despacho.

—¿Sí, teniente?

—Haga el favor de acompañar hasta aquí a la señorita Lorna Brampton.

—Enseguida, teniente.

Héctor, con burlona sonrisa, inquirió:

—¿No fías en mi palabra?

Respondió Surray con la siguiente interrogación:

—¿Crees de veras que un policía puede fiar en la palabra de un detective?

—Cuestión de puntos de vista.

Se mantuvieron en silencio hasta que de nuevo se abrió la puerta para dejar paso a una mujer de singular belleza.

Pese al nerviosismo, la agitación, el horror y la incertidumbre que se reflejaban en su rostro, la belleza que daba vida a sus facciones seguía estando latente.

Cañido su cuerpo en el interior de un traje de noche negro, sus hombros desnudos destacaban con nívea blancura, su escote agudo era como una mancha tersa y brillante contra la oscuridad del vestido, mostrando con cierta timidez los inicios de un busto prieto, firme, sin estridencias, pero exquisitamente formado.

Las caderas y las piernas, modeladas en el interior del vestido, delataban lo escultural de sus líneas, lo ondulado de su rotundidad, de una rotundidad suave y cadenciosa.

Su rostro, puro óvalo de nácar, reunía la perfección más exquisita y la pureza más delicada de facciones que pudiera imaginarse. Tanto sus ojos turquesa, grandes, oblicuos y rasgados, como su nariz breve, recta y graciosamente respingona, lo mismo que su boca de labios carnosos, húmedos como una flor al rocío matutino, eran un prodigio de matices armoniosos y de sensibilidad femenina.

Lorna Brampton. Una mujer maravillosa.

—¿Es cierto que se ha comunicado usted con este... con este caballero, señorita Brampton?

Lorna, mostrando en su mirada toda la confianza que «aquel caballero» le merecía, respondió contundente:

—Sí. Lo he avisado por teléfono. ¿He obrado en contra de la ley?

Héctor ahogó una risita burlona.

—Nadie le ha dicho eso, señorita Brampton...

Lorna, de repente, rompió en llanto agudo que, poco a poco, fue tornándose convulsivo, histérico.

Héctor la recogió entre sus brazos, acariciando con suavidad las hebras de su fino cabello negro.

—No llores, muñeca. He cumplido mi promesa. Ahora procuraré ayudarte... y ayudar al teniente...

—¡Un momento! —casi bramó Surray—. ¿No me has dicho que ella había contratado tus servicios?

Héctor volvió el azul plomo de sus ojos hacia el policía.

—Y así es, teniente. Por tanto, al investigar el asunto es posible que te sea útil. ¿Hace falta que te refresque la memoria?

Surray agachó las orejas.

No hacía falta.

El teniente y el detective se conocían de bastante tiempo atrás. Surray era un hombre muy meticuloso, detallista, pulcro, tenaz si se quiere, pero de limitados razonamientos y escasa capacidad de deducción.

Héctor Ridgway era el reverso de la medalla. Clarividente, con extraordinaria capacidad de asimilación, rápido de reflejos y deductivo por temperamento.

En más de una ocasión había sacado a Surray de enrevesados atolladeros.

El teniente lo sabía. Hasta se alegraba de que Héctor estuviese allí. Pero la ética profesional le impedía pregonarlo a grito pelado.

Cuando el detective juzgó que Lorna se había serenado, dijo al *cop* que la acompañara junto a su madre.

Luego se volvió hacia el teniente.

—Arroja todo lo que sepas... por esa *boquita* de piñón.

Narró los hechos el teniente.

—¿Informe forense?

—Preliminar, envenenamiento al ingerir una cantidad más que sobrada de ácido prúsico. Definitivo, en espera de confirmación.

—¿Qué te hace suponer que Slim Brampton fue asesinado? ¿No es más lógico pensar que se suicidó?

—¿Sabes de alguien que acuda a una fiesta para suicidarse?

—Hay gente para todo, teniente. Pero como yo conocía al médico, aunque no muy a fondo, sé positivamente que no tenía motivos para suicidarse... con fiesta o sin fiesta. Sin embargo, tú te basas en algo más concreto. ¿Qué es ello?

Surray sonrió melifluo.

—No se te escapa una, ¿eh?

—Ni media, polizonte. Vamos al grano.

El teniente sacó del bolsillo una cuartilla de papel blanco que tendió al detective. Le dijo:

—Entérate.

Héctor leyó:

«La esmeralda fatídica. Dentro de doce horas recibirás otra igual. Es un aviso de la muerte. La segunda llegarás a verla, pero no a tocarla... La muerte ya estará contigo. Ella... es inexorable.

22.1136.»

Acto seguido, el teniente Surray puso encima de la mesa dos esmeraldas de un tamaño que parecía idéntico.

—¿Está claro ahora, pesquisa?

—¿De dónde salió la segunda esmeralda?

—Parece ser que alguien la arrojó al interior de la casa desde el

jardín.

—¿Estaban las ventanas abiertas?

Asintió el policía.

—Ya sabes. Esta gente traga y «chupa» que es un contento. Estaban calurosos. El dueño de la finca ordenó a los lacayos que abrieran las ventanas.

Héctor examinó curiosamente las esmeraldas. Entretanto, Surray, depositando un frasco de tabletas sobre la mesa, dijo:

—Slim Brampton padecía de úlcera duodenal. Tomaba dos tabletas de éstas después de cada comida.

Héctor Ridgway se mantuvo en silencio.

Reflexionando.

—¿En qué piensas?

—En un asesino extraordinariamente inteligente, asombrosamente matemático y fríamente calculador.

El teniente, con evidente burla, se llevó ambas manos a la cabeza. Exclamó:

—¡Ajá! ¡Qué genio! ¡Ya está todo solucionado!

Algo brilló en los plomizos ojos del detective.

—Todo solucionado, no. Pero en camino, sí. ¿Alguna pregunta, Hércules Poirot?

Richard Surray se frotó los ojos con genuino asombro.

—Héctor... —dijo muy despacio—, supongo, creo, intuyo, tengo la impresión... ¡de que no vas a decirme ya quién es el asesino!

Héctor Ridgway soltó una risita seca.

—No, teniente. Pero tú sí vas a decirme... ¿has interrogado a todos los reunidos?

—Elemental, mi querido Watson.

—Menos bromas, teniente. Entonces, sabrás dónde llevaba el doctor Brampton su tubo de pastillas contra ulcus duodenal, ¿verdad?

Surray dijo que sí con la cabeza. Y desconcertó, al responder:

—*No lo llevaba él.*

Héctor soltó un respingo.

—Más despacio, que voy en «primera». Aclárame bien eso, que soy todo orejas.

Surray sonrió. Le gustaba desconcertar al detective, cuando le era posible. Cosa, Obvio es señalarlo, que sucedía en contadas ocasiones.

—Por lo visto —se explicó—, el doctor Slim Brampton no confiaba

excesivamente en su memoria, y por ello, cuando salía a comer o cenar fuera de casa, le daba el tubo de tabletas a su esposa para que ella se acordara de dárselas en el momento oportuno. Esta noche, concretamente, como en otras —según ha declarado Madge Brampton—, ella ha tenido que recordarle a Slim que tomase sus tabletas.

—¿A qué hora ha sucedido eso?

—Poco después de las once y media aproximadamente. La señora Brampton salía del tocador, charlando con su hija y una señorita llamada Elva, a la que creo conoces íntimamente, cuando ha recordado que su esposo no había tomado las pastillas. Se ha acercado al corro de caballeros del que Slim formaba parte...

—Ya, ya, ya. No hace falta que sigas. Es evidente que Slim Brampton fue envenenado y que ingirió el veneno por medio de las tabletas que tomaba contra la úlcera.

—¡Imposible! —exclamó Surray—. Brampton tomó las tabletas a las once y media aproximadamente. Ese veneno produce la muerte instantánea si se toma en una dosis fuerte. ¿Cómo te explicas que falleciera a las doce?

—Porque esa era la hora en que tenía que ver la segunda esmeralda y no tocarla. No tocarla porque el asesino había calculado que ya estaría muerto.

—Eso no es un asesino... ¡es un adivino!

—Simplemente —sonrió el detective—, un tipo de aguda inteligencia. ¿Quieres oír mi teoría desde el principio?

—Te escucho, eminencia.

Héctor Ridgway, cuadradas las mandíbulas y repentinamente muy serio, habló así:

—A las doce del mediodía, por un sistema de transporte que momentáneamente ignoramos, Slim Brampton recibió un sobre conteniendo una esmeralda y esa nota. Una nota en donde le anunciaban su muerte, doce horas después, con otra esmeralda que llegaría a ver, pero no a tocar. ¿Has observado los números que hay al pie de la nota, verdad? Bien, eso es una fecha. Y esa fecha, sin duda, estaba destinada a recordarle a Slim el porqué de la amenaza de muerte... lo mismo que la esmeralda. Brampton, de inmediato, comprendió el por qué. Así lo había supuesto el asesino. Pero también pensó Brampton que le iba a resultar muy difícil al criminal cumplir su promesa... en una fiesta y en medio de tanta gente.

»Pero lo que no se le ocurrió pensar a Brampton es que el asesino

tenía que estar enterado, forzosamente, de que él asistiría esta noche a la fiesta de los Lester y, por lo tanto, que había previsto la forma de cumplir su amenaza.

»Si seguimos abundando en la teoría de que el asesino conocía perfectamente a Brampton, no hace falta decir que estaba al corriente de que éste tomaba ciertas píldoras después de las comidas. ¿Procedimiento? Sabiendo la hora en que daría comienzo la cena, se podía hacer un cálculo aproximado de a qué hora terminaría y también del momento en que Brampton ingeriría las tabletas. El criminal, que sin duda debe entender de química y farmacia, preparó unas tabletas de igual tamaño a las que tomaba el médico, teniendo como ingrediente básico el ácido prúsico y revestido éste de una sustancia química que tardara en diluirse en el metabolismo intestinal, aproximadamente, el tiempo que mediaría entre el término de la cena y las doce de la noche. Una vez descompuesta esa sustancia química por medio de los ácidos, el veneno obraría fulminante Su letal efecto.

Tras una pausa, inquirió burlón el detective:

—¿Se te ocurre una explicación mejor?

Richard Surray, que hubiese necesitado días de absorta meditación para llegar a conclusiones tan categóricas como verosímiles, negó con la cabeza.

—No. Pero hay dos puntos oscuros. ¿Cuándo y cómo se efectuó la sustitución del tubo? ¿Quién arrojó le esmeralda desde el jardín?

—Muy sencillo, teniente. O bien el asesino es una mujer... o, si es un hombre, tiene una cómplice del sexo opuesto.

—¡Qué! ¿Por dónde llegas a eso?

—Por el sencillo camino de que era la señora Brampton quien llevaba el tubo de las píldoras y por la sencilla razón de que en las fiestas de sociedad *los caballeros no entran en el tocador de las damas*. ¿Entiendes? Quiero decir con ello que el tubo fue sustituido cuando la señora Brampton estaba en el tocador. En cuanto a la esmeralda, teniente, *no fue arrojada cerca de Brampton desde el jardín de la finca*.

—¿En qué te basas para asegurar eso?

—En que el asesino no podía saber si las ventanas del salón estarían abiertas o cerradas. Por lo tanto, con toda lógica, *la esmeralda fue arrojada desde el mismo interior de la casa*. ¿Entendido?

Richard Surray estaba sumido en un mar de confusiones.

—¡Oye! —exclamó de repente—. ¿Por qué no me dices quién es el asesino y los motivos que lo impulsaron a envenenar a Brampton?

Sonrió Héctor.

—A la primera pregunta, todavía no tengo respuesta. A la segunda, sin afirmar, puedo intuir que los motivos que impulsaron al asesino a envenenar a Brampton están relacionados con esmeraldas y con un hecho concreto ocurrido el 22 de noviembre de 1936. ¿Quieres seguir mi consejo?

El teniente ya estaba vencido.

—O. K.

—En primer lugar, que el mayordomo de Milford Lester te confeccione una lista de todos los invitados y de cómo estaban sentados a la mesa en el momento de iniciarse la cena. En segundo, destaca uno de tus secuaces para que investigue la vida privada de Slim Brampton y reúna todo los datos posibles de él a partir del mes de enero de 1936.

—¿Por qué no haces tú eso último?

—Ética profesional, teniente. La hija del difunto me ha pedido que investigue la muerte de su padre, no le voy a confeccionar una biografía de su vida en lugar de otro, ¿no crees, teniente? Te espero mañana por la mañana, tempranito, en mi oficina, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asintió el policía. Y viendo que el otro hacía ademán de largarse, exclamó—: ¿Eh, dónde vas ahora?

—Ética profesional, teniente. A presentarle mi más sentido pésame a la viuda de Slim Brampton.

Surray se encogió de hombros.

¿Cómo podía pensar tanto un cerebro en tan poco tiempo y tan pocos elementos de juicio?

Lo cierto era que, a su pesar, la teoría de Héctor sobre la muerte de Slim Brampton no podía ser más verosímil.

«Dejaré al "commissioner" y al fiscal, ¡ja!, boquiabiertos», se dijo a sí mismo Surray. Y agregó en voz alta:

—Bill, llama al sargento Harry Stadler.

—Enseguida, señor —respondió el guardia uniformado, inclinando la cabeza.

CAPÍTULO IV

—¡Héctor! —había sorpresa y alegría al mismo tiempo en la voz que acababa de exclamar el nombre del detective.

El, lógico, la había reconocido.

Se volvió para mirarla.

¡Y cómo estaba!

—Elva... —musitó—, ¿de veras eres tú?

La sonrisa de la muchacha fue forzada, puesto que era evidente que nadie tenía ánimos para sonreír en aquella mansión.

Cuando, normalmente, hubiese tenido que ser todo lo contrario.

—Sí, Héctor. Soy tu Elva, tu secretaria.

Llevaba un vestido largo, de noche, en azul tenue con talle marcado en alto, escote atrevido, falda «evasé» y guantes del mismo color.

¡Preciosa!

—Vaya con la fiestecita, ¿eh? Con su asesinato y todo para que resulte más interesante.

Elva se acercó hasta él.

—¡Por Dios, Héctor! ¿Cómo puedes hablar así?

—Es que tengo náuseas, pequeña. Arcadas. Ganas de vomitar. Que estas cosas sucedan en los barrios bajos como Harlem, Chinatown, Greenwich Village... tiene un pase. Pero que ocurran en el seno de la flor y nata de la mejor sociedad neoyorkina... ¡basura!

Elva dejó caer en Héctor el inmenso verdor de sus pupilas. Lo miró intensamente.

—Parece ser que tratas de insultarme a mí para desahogar tu malhumor. ¿Otra vez los celos, Héctor?

Fue una sonrisa extraña la que floreció en labios del investigador.

—Bien mal me interpretas, pequeña. Ni he tratado de insultarte, ni hay celos de por medio. Sabía que vendrías a esta fiesta, ¿no? Lo que ignorábamos ambos es que nos veríamos en ella.

—Desgraciadamente...

—Desde luego, amor. Lorna, la hija de Brampton, ¿la conoces,

verdad?, es amiga mía. Ella me ha telefoneado y por eso estoy aquí. Pero, créeme, preferiría no haber venido.

Un hombre de unos cincuenta años de edad se acercó a la pareja, diciendo en voz queda con cierto matiz de soma:

—¡Vaya! Por fin conoceré al justificante en dólares de los caprichos que mi hija no quiere que yo le pague. Es usted el señor Ridgway, ¿cierto? —y sin esperar a que el otro asintiera, se presentó—: Charlie Mains, progenitor de su bella secretaria.

Héctor estrechó la mano que el hombre le tendía.

—Encantado, señor Mains. No debe usted guardarme rencor porque sea el justificante y la libertad de su hija. Los jóvenes hoy pensamos de un modo distinto a los de ayer... ¡Oh, no!, no he querido llamarle viejo. Ni lo parece, ni lo es.

Charlie Mains, hombre de aspecto afable y mirada tranquila, sonrió lo forzado que sonreía todo el mundo en aquella casa.

—Casi, casi... es un cumplido.

—Es la verdad. ¿Le importa que le «robe» a su hija unos instantes, aunque no sean horas de trabajo?

—En absoluto, señor Ridgway. Elva es sincera. No me ha ocultado que usted es muy de su agrado...

—¡Papá! —intervino ella, ligeramente ruborizada—. Por favor, te lo ruego...

Charlie Mains alzó ambas manos.

—Callo y me resigno. ¿Vendrás conmigo a casa... o te acompañará el señor Ridgway?

—Irá con usted, señor Mains —se interpuso Héctor en la respuesta de ella.

Acto seguido, tras estrecharse la mano, el detective marchó con Elva hacia un rincón de la sala.

—Pequeña...

—¿Sí, Héctor?

—Fuerza tu memoria al límite y cuéntame las cosas tal como han sucedido.

La muchacha se mordió su jugoso labio inferior.

—Es difícil, Héctor —musitó—. Todo ha sucedido tan de repente. Me he dado cuenta de que el señor Brampton estaba en el suelo cuando Lorna y su madre han corrido hacia él. Precisamente, poco rato antes, habíamos salido las tres, junto con otras señoras, charlando del tocador.

El relato que hizo Elva de los hechos difería en poco del que le hiciera el teniente Surray. Pero el de la mujer, lógico, era más incompleto.

—Procura retener en la memoria cualquier dato, el más insignificante detalle que veas, de ahora en adelante, y que te parezca pueda tener relación con la muerte del señor Brampton. ¿Entendido?

—Lo procuraré, amor.

Héctor besó fugazmente los labios de la mujer y se alejó en busca de un criado.

—¿Dónde se encuentran la señora y la señorita Brampton? —le preguntó al primero que tuvo enfrente.

—La señora Lester ha mandado preparar una habitación para ellas. Hay orden del doctor y del teniente Surray de que no se las moleste.

—Soy la excepción que confirma la regla, amigo. Estoy aquí a instancias de la propia señorita Brampton. ¿Quiere acompañarme a esa habitación?

No de muy buen grado, el lacayo asintió con la cabeza.

—Sígueme —dijo escueto.

Era una solemne estupidez pensar que los ojos de una mujer podían estar mucho más hermosos después de haber llorado.

Los turquesa de Lorna Brampton ofrecían esa sensación.

En verdad, toda ella era un compendio de hermosura.

—¡Héctor! —exclamó al verle entrar—. ¿Has conseguido averiguar algo?

Madge Brampton estaba tendida sobre un lecho de rico acolchado, dormida bajo los efectos de un sedante que le había sido administrado por el médico.

Puso sus manos sobre los tersos y desnudos hombros de la bella criatura.

Sintió unos deseos irrefrenables de besarla.

Y lo hizo.

La besó.

—Perdona, pequeña —dijo al comprender su falta de tacto—. No he podido evitarlo. Deseaba tanto besar de nuevo tus labios... estás tan hermosa... —se interrumpió, agregando—: Lo siento, Lorna. Sé que no me estoy distinguiendo precisamente por mi caballerosidad.

Ella, musitó:

—Nunca sabrás cuánto te agradezco que hayas venido.

—No merezco tu agradecimiento, Lorna.

Pareció que dudaba la muchacha al pensar lo que iba a decir.

—Héctor... —se decidió al fin—, mamá, al enterarse de que te había llamado, ha dicho... ha dicho que te entregaría un cheque de veinticinco mil dólares...

El detective puso el dedo índice de su diestra sobre los rojos labios de la muchacha.

—¿Por qué me has llamado? —inquirió.

—Porque... porque siempre hemos sido buenos amigos. Yo... yo hubiera deseado... —se cortó su voz—, porque confío en ti, Héctor.

—Pues no es correcto ofrecer dinero a un amigo en quien se confía.

Bajó las rizadas pestañas que cubrían la radiante hermosura de sus ojos.

—Perdona...

—No hablemos más de eso.

Un agudo sollozo se ahogó en la femenina garganta.

—¡Héctor! ¡Es horrible! Me parece que estoy viviendo una terrible pesadilla. Me resisto a creer que sea verdad que él ha muerto. ¿Por qué, Héctor, por qué?

—Desgraciadamente no estoy en condiciones todavía de responder a esa pregunta. Pero si tu ánimo de colaborar es superior al pesar que te acongoja, quisiera que respondieras a unas preguntas. ¿Estás en condiciones?

Dejóse caer en un sofá cercano. El detective tomó asiento junto a ella.

—Sí... —musitó—, creo que sí.

—¿Estaba tu padre en casa este mediodía a las doce en punto?

Afirmó, mientras se enjugaba tímidamente unas lágrimas.

—Sí.

—¿Ha llegado, el cartero a esa hora?

—No... pero si un botones de una agencia de repartos. Ha traído un sobre abultado para papá. Yo misma se lo he entrado a su despacho.

—¿Lo ha abierto en tu presencia?

—No. Cuando él trabaja... quiero decir cuando él trabajaba, nadie entraba en su despacho si no era llamado, o como hoy, para entregarle la correspondencia.

—Luego —siguió preguntando Héctor—, al salir del despacho, ¿te has fijado si estaba inquieto, nervioso, intranquilo? Quiero decir si su

actitud había cambiado desde el momento en que tú le entregaste el sobre...

—Te entiendo. No. Su actitud ha sido la normal en él.

Dudó Héctor unos instantes entre si debía o no formular la pregunta que pugnaba por brotar de sus labios.

Se decidió al fin:

—¿Te contó en alguna ocasión tu padre algo relacionado con su juventud?

Parpadeó ella, asombrada.

—No te comprendo, Héctor.

El detective volvió a dudar.

—Me refiero a si alguna vez, como suelen hacerlo muchos padres, te explicó hechos de su vida pasada que él recordara grata o ingratamente.

—No. No lo recuerdo. Papá... —un nuevo sollozo—, era más bien reservado, incluso huraño en cierto modo.

—¿Tenía amigos? —inquirió Héctor, cambiando el rumbo del interrogatorio.

—Sí. Los que componían su grupo en el Royal Club.

—¿Recuerdas nombres?

La muchacha pareció esforzarse. Pero al fin, respondió:

—No. Al menos no consigo recordar ninguno en este momento.

—¿Sabes si alguno de esos compañeros del grupo de tu padre en el Royal Club, ha asistido hoy a la fiesta de los Lester?

—Bueno... —susurró la muchacha—, el propio Milford Lester pertenece al grupo de amigos de papá. Precisamente se conocieron en el Royal Club.

Aquella respuesta inesperada hizo meditar unos segundos a Héctor Ridgway.

O sea, que Milford Lester era quien mejor sabía dónde se hallaría Slim Brampton a las doce de la noche...

—¿Hace mucho tiempo que se conocían?

—Pues... algo más de tres años.

—¿Había venido el señor Lester a vuestra casa?

—Sí... el año pasado. Dimos una fiesta el día de mi cumpleaños. Entre otros, asistió el matrimonio Lester.

Héctor, percatándose de que la muchacha daba evidentes muestras de fatiga física y mental, decidió que lo más oportuno era dejarla descansar.

Por otra parte, en el estado que se encontraba, sus respuestas podían escapar involuntariamente a la realidad.

—Bien, pequeña. Necesitas reposar. Yo voy a marcharme. Pero cada día me pondré en contacto contigo para tenerte al corriente de mis progresos.

—Héctor... —se puso en pie—, tengo miedo.

—No debes temer nada, mi dulce Lorna. Yo velaré por ti hasta que tan desgraciado incidente quede solventado.

Esta vez, la besó en la boca con más decisión.

CAPÍTULO V

Héctor Ridgway llegó muy temprano a su oficina, de mal talante y con varios ejemplares de ediciones matutinas debajo del brazo.

Pero Elva se le había adelantado.

Estaba sentada a la mesa, machacando velozmente las teclas de la máquina, embutida en aquel vestido escarlata que tanto cautivara al detective el primer día que la tuvo frente a sí.

Ello, quizá contribuyó en algo a que se alegrara fugazmente el rostro de Héctor.

Elva, alzó sus ojos verdes y ofreció su boca.

La besó.

—¿Alguna novedad, querida?

—Estoy tratando de recopilar datos de todo lo sucedido anoche. No sé si te será de gran utilidad...

—Lo será, amor.

—¡Ah, Héctor! En tu despacho te aguarda el teniente Surray con tres señores más.

No pareció sorprenderse el detective.

—Lo suponía —se limitó a decir mientras se encaminaba a su oficina.

Abrió la puerta.

—¡Buenos días, señores!

Surray se puso en pie.

—No —le atajó el investigador—. Huelgan las presentaciones. Dos de los caballeros que te acompañan son los tenientes Dexter y Cummings de la Brigada de Homicidios.

Clay Dexter y Clark Cummings expresaron su asombro entreabriendo los labios.

—¿También pitoniso, Héctor? —exteriorizó su sorpresa Surray.

El detective se acomodó tras su mesa.

—No —repuso—. Simplemente me limito a leer los periódicos.

—Entonces...

—Entonces estoy enterado de las extrañas muertes de Joe Collins y Jerry Beverel. Al corriente de la esmeralda que fue hallada junto a los cadáveres, y de la nota que éstos tenían en su poder aunque los periódicos no lo mencionen. Por tanto, lo mismo que ustedes, he llegado a la conclusión de que ambos crímenes están relacionados con el envenenamiento de Brampton.

—¡Pero se trata de crímenes incomprensibles! —exclamó el teniente Clay Dexter, a quien le había sido asignado el caso de Joe Collins.

—¡En toda mi carrera me había encontrado frente a nada igual! —se lamentó a su vez Clark Cummings, sobre quien pesaba la tarea de esclarecer los hechos que rodeaban la extraña muerte de Jerry Beverel.

—Todo eso, Héctor, echa por el suelo tu hipótesis acerca del caso Brampton —apuntó Surray con cierta malicia.

Negó el detective con la cabeza mientras hojeaba uno de los periódicos.

—Al contrario —dijo, acabando de desconcertar a su auditorio—. ¿Has iniciado las investigaciones de que te hablé?

Señaló el teniente Surray al tercero de sus acompañantes.

—El sargento Stadler se ha encargado de ello. Expílicate, Harry.

Harry Stadler, sargento de la Brigada de Homicidios, sacó un bloc del bolsillo de su abrigo.

—En toda la documentación de Slim Brampton figura como fecha de nacimiento el 18 de febrero de 1907 en Columbus, Estado de Georgia. Consultados telefónicamente los registros civiles de dicha población, no figura inscrito en esa fecha, ni en ninguna otra de años anteriores o posteriores, el nombre de Slim Brampton. Por otra parte, en el despacho de su domicilio particular, Brampton tenía su título de doctor en Medicina extendido en la Universidad de Harvard. Hemos comprobado que es' falso. Y sin embargo, también hemos constatado que verdaderamente era médico, puesto que así lo demuestra el hecho de haber intervenido casi milagrosamente en complicadas enfermedades de acaudalados hombres neoyorkinos, miembros todos ellos del Royal Club.

—Un instante, sargento —le atajó el detective—. ¿Quiere eso decir que Brampton no tenía más pacientes que los del Royal Club?

—Exactamente. Además, he podido verificar que Slim Brampton hizo acto de presencia en Nueva York alrededor del mes de febrero del año 1938. En 1940 contrajo matrimonio con Madge Ashenden. Y dato curioso, Brampton tenía una cuenta corriente en el Central Bank, con un

saldo a su favor de quinientos cuarenta mil dólares.

—¿Cuándo abrió esa cuenta?

—A su llegada a Nueva York. Con un cheque por valor de seiscientos cuarenta mil dólares.

Héctor asintió lentamente con la cabeza.

—Le felicito, sargento. Trabaja usted rápida y eficazmente. Y no crea que me sorprende del todo su información. Ahora... —hizo una pausa—. tenientes Dexter y Cummings, si están aquí con la intención de colaborar con Surray y conmigo, les ruego me amplíen datos sobre los crímenes cuya investigación se les ha encomendado. Puede empezar usted, Dexter.

Clay Dexter, que contaría unos treinta y siete años, algo impresionado por la naturalidad con que el detective actuaba en lo que para él resultaba poco menos que incomprensible, carraspeó, antes de explicar:

—Joe Collins, miembro del Royal Club, al que acudía a cenar cada noche...

Acto seguido relató fielmente todos los hechos relativos al misterioso asesinato de Joe Collins en una mísera posada de Kings Street, en el Brooklyn.

Cuando terminó, sin hacer comentarios, Héctor instó a Cummings para que tomase la palabra.

Y aquél dándose por aludido, narró todo lo concerniente al incomprensible crimen perpetrado en la persona de Jerry Beverel.

Había finalizado cuando interrumpió el sargento Stadler para decir a Héctor tendiéndole una hoja mecanografiada:

—Es un plano con la situación de todos los invitados a la cena de Milford Stadler en el momento de dar comienzo el banquete.

Richard Surray, al ver en sus colegas una mirada de extrañeza ante el hecho de que permitiera la iniciativa y la voz cantante en un detective privado, dentro de asuntos que concernían directamente a la Brigada de Homicidios, quiso justificarse, diciendo:

—Al señor Ridgway le han encargado la investigación privada del asunto Brampton —y como si comprendiera que aquella explicación no justificaba muy claramente su actitud, inquirió mirando a Héctor—: ¿Puedo explicar...?

Ridgway, como si hubiese aguardado la pregunta, asintió con una sonrisa:

—Puedes, puedes, teniente.

Y Surray, mirando a sus compañeros, anunció:

—Héctor Ridgway es ex agente especial del FBI.

—Pero no me expulsaron —intervino entonces el detective—. Causé baja voluntariamente para obtener una licencia de investigador privado cosa que, como comprenderán, no me fue nada difícil. Esto es más productivo... más estable económicamente.

Fue Clay Dexter quien tomó la palabra para preguntar:

—¿Qué opina usted del asunto? Es obvio, puesto que usted mismo lo ha señalado, que los tres crímenes están íntimamente relacionados. Los mensajes, las esmeraldas, el día y hora dejan establecida esa hipótesis sin lugar a dudas.

—Correcto, teniente. Pero ahora, permítame unos instantes. —Héctor se encaró con el sargento—. Stadler —le habló en un tono casi autoritario—, encárguese de hacer con Joe Collins y Jerry Beverel las mismas averiguaciones que ha hecho de Slim Brampton. ¡Ah!, consiga también una lista de los miembros del Royal Club que asistieron a la velada ofrecida por los Lester.

Como si hubiera recibido la orden del mismo teniente Surray, evidencia que demostraba no ser aquella la primera vez que se planteaba una situación semejante, Harry Stadler salió al punto del despacho.

Entonces Héctor, sonriendo como no lo hubiera hecho mejor un niño travieso, inquirió a su auditorio:

—¿Qué les parece si me acompañaran al escenario de... los crímenes incomprensibles?

Se pusieron todos en pie.

* * *

Kings Street.

Pensión Trawers.

Dos agentes uniformados montaban guardia en la puerta de entrada.

Se cuadraron de un modo casi militar para dejar paso al teniente Clay Dexter y séquito.

Dentro, repartidos por el vestíbulo, veíanse cuatro agentes más.

Personal no escatimaba la Brigada de Homicidios. Resultados prácticos, ¡ja!, eso era otro cantar.

Al cabeza pelada que se hallaba al otro lado del mostrador junto a la

centralita telefónica, estaba claro que lo habían «frito» a preguntas.

Héctor prefirió dejarlo para el final a ver si lo encontraba tan despejado de mente como de pelo.

Precedidos de Clay Dexter subieron a la habitación número ocho.

Otro guardia montaba guardia allí.

—¿Qué hay del informe forense? —inquirió Héctor no bien pisaron la habitación.

—Pues, como ya le he dicho —habló Clay Dexter—, la muerte fue producida por un extraño dardo de punta finísima, humedecida con una notable cantidad de paradistrina. Cayó encima de la nuca de Collins cuando éste se inclinó sobre la mesa para abrir, con toda seguridad, el sobre que contenía la segunda esmeralda.

—¿A qué hora llegó Collins a esta pensión, y al cuarto concretamente?

Respondió Dexter:

—No se ha podido fijar la hora exacta, pero hemos establecido que alrededor de las once treinta y cinco.

—¿Y dice el informe forense...? —pareció preguntarse a sí mismo Héctor—. O sea, que Collins no fue atacado con el dardo por la espalda. Porque entonces la herida hubiese sido más profunda... ¿Quiere describirme ese dardo, teniente Dexter?

—Verá... está formado por un cuerpo de madera en el que se halla introducida la aguja, y el cuerpo de madera, incrustado a presión dentro de un cilindro de metal.

El detective, como si no le oyera, murmuró:

—Obvio que el sobre no estaba encima de la mesa cuando Collins entró en la habitación ya que, de haber estado, lo hubiese abierto antes de las doce. Quedamos en que nadie pudo entrar... entonces...

Héctor Ridgway clavó sus ojos en la monumental araña que pendía del techo.

La señaló con el dedo.

—¿No les extraña eso, caballeros?

Los tres policías se miraron entre sí con legítimo asombro.

—¿A qué te refieres? —interrogó Surray.

—A la lámpara, teniente. ¿No te parece impropia para semejante pocilga? Dexter, ¿ha comprobado usted si hay otra igual en los restantes cuartos de la pensión?

—No recuerdo concretamente... pero creo que no hay otro como

ésta. Si quiere puedo enviar un agente...

—No. No hace falta. ¿Está ocupada la habitación de al lado?

—Lo estaba. Pero sobre las doce y doce y media, el violinista que la ocupaba...

Un brillo extraño asomó a las pupilas azules del desconcertante Héctor Ridgway.

—Un violinista... ¿ha dicho violinista?

—Sí, eso he dicho —asintió Dexter confuso—. Al menos, según declaración del tipo que hay abajo, el individuo que ocupaba la habitación contigua a esta se pasó toda la tarde y parte de la noche, hasta que se fue, ensayando con un violín.

Héctor tenía los ojos clavados en la lámpara.

—Es curioso... —murmuró.

Los tres tenientes de la Brigada de Homicidios se miraban entre sí, asombrados, sin intuir ni remotamente lo que en aquellos momentos pasaba por la mente del detective.

—¿Qué es... qué es lo curioso? —interrogó Surry.

—Te lo he dicho esta noche, teniente. Estamos frente a un criminal fuera de serie. Extraordinariamente inteligente, asombrosamente matemático y fríamente calculador.

Se volvió hacia Dexter, diciendo:

—Que uno de sus hombres se ocupe de informar acerca de cualquier homicidio cuyo cadáver ingrese en la Morgue por haber sido encontrado en la calle... o en el río. Cada vez que se produzca una de esas circunstancias, que lleven al tipo de abajo para ver si lo identifica como el violinista que ocupaba la habitación contigua a ésta.

—Héctor, por favor, ¿quieres explicarnos lo que estás pensando?

—¡Oh, sí! Pienso en la forma ingeniosa que nuestro enigmático y calculador asesino empleó para matar a Collins. ¿Observan ustedes ese desconchón que hay en la pared de la izquierda casi en línea recta con el soporte de la lámpara?

La mirada de los tres hombres de la Brigada de Homicidios convergió en el lugar que Héctor señalaba.

Efectivamente.

Un extraño desconchón. Porque tenía unas proporciones casi geométricas y rectangulares.

—Cuando una pared se descascarilla —siguió el detective—, suele ser casi siempre a consecuencia de un golpe no intencionado, o bien,

debido a una pequeña conmoción de los bastidores de la finca. En este caso, dada la situación del desperfecto, habría que atribuirlo a la segunda causa, sin embargo... *¿podemos creer que un rectángulo tan perfecto es obra de la casualidad?*

Dexter, Cummings y Surray, se confesaron impotentes, con la mirada, para responder a la pregunta.

—Creo —prosiguió Ridgway—, que en ese desconchón, en la lámpara y en el violinista... *tenemos la explicación concreta del medio que se empleó para asesinar a Joe Collins.*

—Héctor —intervino Surray—, ¿te divierte rodear de más misterio lo que ya lo es de por sí? ¿Quieres explicarte de una forma que consigamos entenderte?

El detective sonrió burlonamente.

—Enseguida, teniente Surray. En ese desconchón rectangular se instaló un pequeño generador eléctrico que emitía un rayo invisible de luz infrarroja. El rayo hacía doble impacto en dos de los prismas de la araña, ambos de cristal hipersensible, en los que se había encajado una diminuta célula fotoeléctrica. Mientras el rayo infrarrojo hiciera impacto en la célula doble, ésta mantenía cerrado el circuito de un electroimán que sostenía por atracción magnética el cilindro de metal en el que se había incrustado el dardo envenenado, y también el sobre que contenía la esmeralda. Obvio que dicho sobre tenía un vértice muy levemente metalizado para estar sujeto a la atracción del electroimán.

—¿Y cómo se puso en funcionamiento tan complicado mecanismo? —inquirió Dexter.

—*Por medio del violín* —fue la desconcertante respuesta del detective.

—¡Qué! —Cummings desorbitó los ojos.

—¡Imposible! —tralló Surray, llegando al límite de su asombro.

—¡Incomprensible! —exclamó Dexter, mesándose los cabellos nerviosamente.

—Ni es imposible ni tampoco incomprensible —se explicó Héctor con una tranquilidad que contrastaba con el estado de ánimo de los otros tres—. ¿Me escuchan?

Cabecearon todos silenciosamente.

—Creo haber dicho —habló el detective—, que los prismas de la lámpara donde estaban instaladas las células fotoeléctricas, eran de cristal hipersensibilizado, ¿no es así? Pues bien, teniendo en cuenta que ese cristal debía acusar forzosamente las vibraciones del violín cuando

éstas alcanzaran una estridencia determinada, al oscilar, desplazaban ligeramente la célula fotoeléctrica que se les había encajado, o sea, que el rayo de luz infrarroja no hacía impacto en ellas abriendo al mismo tiempo el circuito del electroimán. De esa forma, al perder su propiedad magnética, se desprendió primero el sobre. Collins quiso abrirlo, y entonces, una nueva vibración del violín desplazó de sitio la célula del segundo prisma produciendo en el dardo los mismos efectos que primero en el sobre. Al estar inclinado encima de la mesa, Collins descubría la nuca unos cuatro dedos aproximadamente, espacio suficiente para que la aguja envenenada cumpliera su asesina misión. Una vez muerto Collins, el violinista, cómplice del criminal, desmontóla instalación electrónica y se largó de la pensión.

Tras las explicaciones del detective se hizo sobre los cuatro hombres un denso silencio.

Lo rompió la voz del teniente Dexter, al preguntar:

—¿Y por eso usted supone que el criminal se deshará de su cómplice? De todas formas, es inútil, porque ya sabemos de qué medios se valió para cometer el asesinato.

—Pero desconocemos su identidad —adujo el detective—, a la cual quizá hubiéramos tenido acceso con la colaboración del violinista... vivo, por supuesto.

—¿Tan seguro está usted de que ese hombre ha sido asesinado? —inquirió Cummings.

—Sin lugar a dudas, teniente. Repito que nos encontramos ante un cerebro privilegiado, un asesino meticuloso que no deja un solo detalle al azar. ¿Cree usted que puede correr el riesgo de dejar con vida a uno de sus colaboradores? No. Para eso no se hubiese tomado la molestia de planear unos crímenes tan complicados... tan incomprensibles.

—¡Ah! —intervino Dexter en aquel momento—. Creo que he omitido la explicación de un detalle, señor Ridgway.

—Me permite que lo adivine, ¿eh, teniente?

Clay Dexter, seguro aquella vez de sí mismo, dijo con aire de desafío:

—Veamos hasta dónde llegan sus impresionantes dotes deductivas, señor Ridgway.

Héctor sonrió infantilmente. Miró al teniente Dexter con ojos burlones.

Musitó:

—Este hotel fue vendido después de que Collins reservara una

habitación para pasar la noche, creyéndose que aquí estaría más a salvo de la amenaza que en su propia casa.

La triple sorpresa que se expresó en el rostro de los policías fue legítima y genuina.

—¡Es usted... asombroso! —se expansionó Dexter.

—Era lógico suponerlo. ¡Ah!, y le diré algo más. Seguro que la compra la efectuó alguien a nombre del propio Joe Collins. ¿Voy bien, teniente?

Dexter, vencido, desorbitó los ojos.

—¡Ridgway! —exclamó—. Le juro que todo lo que está pasando no lo hubiese creído ni aun contándomelo mi propia madre. Lo estoy viviendo... y aún así me niego a creerlo. Con un poco de imaginación sería capaz de sospechar que es usted mismo el asesino.

Héctor rio con ganas a carcajada limpia.

—Su compañero Surray, amigo Dexter, ya ha trabajado conmigo en otras ocasiones. El me conoce bien. Yo no soy el detective que la gente conoce a través de las películas y las novelas policíacas. Siempre he opinado que no es necesario andar por el mundo liado a puñetazo limpio con hampones, o haciendo exhibiciones de judo, para seguir el rastro de un asesino. Y mucho menos, cuando ese asesino que se busca es inteligente. ¡Ah!, sin olvidar por eso, que soy judoka, que tengo licencia de armas... etc., etc. Quiero decirle, teniente, que amén de las enseñanzas provechosas que recibí en la Academia Federal de la Reserva Naval de Quántico al ingresar en el FBI, he procurado... ¿cómo diría yo?, llamémosle doctorarme en los modernos tratados de criminología. Por eso, a través de muchos libros, he llegado a la conclusión evidente de que, para combatir al criminal, hay que pensar, hay que estudiarlo sicológicamente, hay que tratar de introducirse en su cerebro y prever sus actos, sus reacciones... adivinar sus procedimientos. Esa es, en resumen, la clave y el secreto de mis éxitos.

»Por eso he supuesto antes de que usted pudiera decirlo que esta pensión fue comprada por el asesino a través de un mandatario, que dijo serlo de Joe Collins, con el fin de poder instalarle en esta habitación el criminal mecanismo que había de terminar con su vida en cumplimiento de una venganza.

—De todas formas —apuntó Surray—, aunque reconozco que has descubierto de una manera intuitiva y sicológica los habilidosos procedimientos empleados por el criminal para matar a Brampton y Collins, seguimos estando tan lejos de su identidad como al principio.

Héctor Ridgway, en un tono que dejó a los tres policías helados, desgranó:

—No lo creas, Surray. Me atrevería a afirmar que ya conozco la identidad del asesino. Lo que no comprendo todavía, es el porqué de esos tres crímenes —se encaró con el teniente Cummings antes de que nadie pudiese salir de su asombro, diciendo—: ¿Le parece que visitemos el escenario donde Jerry Beverel halló la muerte? Asintió en silencio el aludido.

* * *

También la residencia de Jerry Beverel estaba plagada de policías uniformados.

El mayordomo, luego de presentarse, les acompañó hasta el que fuera despacho del señor.

—La señora y la señorita —dijo—, por prescripción facultativa, se encuentran en cama. Ambas sufrieron un terrible *shock* seguido de un profundo ataque de nervios. No obstante, si ustedes necesitan...

—No —le atajó el detective—, no hace falta molestarlas, Mortimer. Es con usted con quien tengo interés en hablar.

—A su disposición, señor.

—¿Estaba Jerry Beverel en casa a las doce del mediodía de ayer?

—Sí —respondió categórico el mayordomo—. El señor casi nunca salía por la mañana. Además, por razones de su profesión, trabajaba aquí. Era escritor, creo que eso ya lo saben ustedes.

—¿Escribía mucho el señor Beverel?

Dudó unos segundos el estirado Mortimer.

—Pues... un par de novelas al año, aproximadamente.

—¿Y eran esas dos novelas los ingresos totales económicos del señor Beverel? —siguió preguntando Héctor. Y antes de que el mayordomo tuviese tiempo de responder, rectificó—: Dicho de otro modo, Mortimer, ¿cree usted que la exigua producción literaria del señor Beverel era lo suficiente remunerativa para mantener a su familia, la casa y la servidumbre?

—Por supuesto que no —negó el mayordomo—. Mi señor escribía por pura vocación, no por necesidad de aumentar sus ingresos económicos, los cuales eran más que suficientes a través de sus rentas.

En brusco cambio de conversación, Héctor inquirió:

—Ha dicho usted que su señor se encontraba en casa a las doce del mediodía de ayer, ¿no es así?

—Eso he dicho.

—¿Quién le pasaba la correspondencia?

—Yo mismo, señor.

—¿Trajeron algo para él a las doce?

—Sí, señor. Un sobre blanco, abultado, que yo le entré a su despacho.

—¿Quién trajo ese sobre?

—El botones de una agencia de repartos.

—¿Recuerda el nombre de la agencia?

—No. Verdaderamente, es un detalle en el que ni se me ocurrió reparar.

—¿Observó algún cambio en la actitud del señor Beverel después de haber recibido ese sobre?

—No.

—Por la noche... ¿regresó aproximadamente a la hora que tenía por costumbre hacerlo?

Dudó unos instantes el mayordomo.

—Quizá... llegó un poco antes que de costumbre. Me dijo que tenía que dar unos retoques a su última novela y se encerró en el despacho. Luego... usted ya sabe.

Héctor asintió con la cabeza.

—Muchas gracias, Mortimer. Si le necesitamos para algo ya le llamaremos.

Era una invitación sutil, pero clara, de que abandonara el lugar.

Al quedar solos en el despacho, Ridgway dijo a Surray:

—Teniente, que uno de tus hombres, o los que sean necesarios, investiguen todas las agencias de repartos de la ciudad. A ver cuál de ellas recibió el encargo de repartir tres sobres blancos, abultados, en direcciones distintas, a las doce en punto del mediodía. Y sobre todo, si dan con la agencia, que reúnan datos acerca de la persona que efectuó el encargo.

Surray salió de inmediato, buscó al mayordomo, le dijo que lo acompañara hasta un teléfono, dio a través de él las órdenes oportunas y regresó al despacho.

Ridgway, decía en aquellos instantes:

—Así que Jerry Beverel también era miembro del Royal Club. Llegó

a su casa sobre las once y treinta aproximadamente, dijo al mayordomo que podía retirarse a descansar, que él no lo necesitaría porque iba a trabajar en la novela que había terminado aquel mismo día, se encerró en su despacho... y, según el informe forense, la muerte fue producida por asfixia al respirar un gas letal. Las ventanas estaban cerradas, las persianas corridas... la puerta del despacho cerrada por dentro como lo demuestra el hecho de que hayan tenido que forzarla para entrar y descubrir el cadáver... y Jerry Beverel era escritor vocacional, porque vivía de sus rentas. Era escritor...

Se interrumpió pensativo.

—¿Ha dicho usted que encontraron una cuartilla en la máquina de escribir, Cummings?

Asintió éste, entregándole la hoja al detective.

Leyó:

«El terror es...»

—¿Dónde fue hallada la segunda esmeralda?

—Pues... cuestión de un metro más adelante de la mesa, encima de la alfombra.

Héctor meditó unos instantes.

—Y según la amenaza de muerte, Beverel debía ver esa segunda esmeralda, pero no había de llegar a tocarla —se encaró de nuevo con Cummings, preguntándole con estudiada lentitud—: ¿No ha hecho usted examinar la máquina de escribir, teniente?

Obvio, que como tantas otras, esta pregunta desconcertó a los policías y en especial al aludido.

—No. ¿Qué relación puede tener la máquina de escribir...?

—Mi querido teniente Cummings —le atajó el detective—, deduzco que usted no ha examinado objetivamente la situación. Sabe, sin embargo, por el informe forense, que Beverel murió asfixiado por medio de un gas letal. Ha comprobado que todos los accesos al despacho estaban herméticamente cerrados, que no pasa por su interior ninguna cañería o conducción de gas... ¿cómo entonces, teniente, murió Beverel asfixiado?

—Es incomprensible — sentenció Cummings—. Por más que me he devanado los sesos no he conseguido hallar la explicación.

—¿Incomprensible? —fingió sorprenderse Ridgway—. ¿Que no consigue hallar la explicación? ¿Le importa que se la dé yo, teniente?

Cummings, rojo el rostro como la grana, musitó:

—No creo que nada en usted pueda ya sorprenderme, Ridgway.

Adelante, explíquese.

—¿Qué es lo último que Beverel hizo en su vida, teniente Cummings? —inquirió Héctor.

—Por lo visto, si no estoy mal fijado, empezar a escribir esa cuartilla.

—Acertada conclusión, teniente. Y de ella, sin gran esfuerzo, se deduce que Beverel tuvo que hacer uso de la máquina de escribir, ¿no es eso? Pues entonces, busquemos la explicación a su muerte en la máquina de escribir. ¿Le parece, teniente? ¿Quiere examinarla usted mismo y decirme si encuentra en ella restos de cristal fragmentado?

Cummings se precipitó sobre la mesa, empezando a desmontar la máquina de un modo casi febril.

Héctor sonreía burlona y suavemente.

Dexter y Surray tenían la vista fija en las manos de su compañero.

—¡Santo Dios! —exclamó Cummings al cabo de unos segundos—. ¡Tenía usted razón! Hay restos de cristal y...

—Y un muelle, y unos delgados alambres de sierra —le atajó Héctor Ridgway.

Cummings levantó los ojos de la máquina para clavarlos en el detective, ya no con sorpresa, pero sí con enorme admiración.

—¡Exacto! ¿Cómo lo sabe?

—Porqué se trata de otra muestra del ingenio y cálculo de nuestro asesino. Oxido de carbono y otra sustancia química. El líquido resultante de la mezcla introducido en una pequeña ampolla y ésta, fácilmente transportable en un bolsillo. La ampolla, al mismo tiempo que la esmeralda, instaladas en el interior de la máquina de escribir. Un alambre sujeto a todas las teclas y aquél a su vez, a un muelle. Cuando Beverel pulsó la máquina, el muelle hizo saltar la esmeralda y el alambre sierra cortó la parte superior de la ampolla. El líquido, al volatizarse, produjo un considerable volumen de gas mortífero cuya acción fue casi instantánea.

—¡Entonces...! —exclamó Cummings—, ¿estuvo el asesino ayer en esta casa?

—Exacto —afirmó el detective—. El, o uno de sus cómplices. Pero yo abogo por que fue el mismo criminal.

De inmediato, Héctor llamó al mayordomo quien se presentó en el despacho con diligencia.

—¿Recibió muchas visitas el señor Beverel durante el día de ayer?

—Pues... cuatro o cinco.

—¿Recuerda los nombres?

Dudó el mayordomo.

—*De momento... sólo recuerdo al señor Milford Lester...*

—¡Milford Lester! —exclamó Héctor notoriamente sorprendido—. ¿Cuál fue el motivo de su visita?

—Bueno... —musitó Mortimer—. Mi señor le llamó por teléfono, calculo que a primeras horas de la tarde, diciéndole que no podría asistir a la velada que el *señor* Lester ofrecía por la noche con motivo de la presentación en sociedad de la señorita Mavis, a la que los señores habían sido invitados. El señor Lester, a quien unía una entrañable amistad con mi señor, rehusó *el* discutir por teléfono y se presentó aquí al cabo de media hora tratando de convencer...

—¿Estuvieron aquí, en este despacho? —le interrumpió Héctor.

Mortimer pareció sorprendido ante la pregunta.

—Pues sí, naturalmente.

—¿Recuerda usted... preste mucha atención Mortimer, y medite antes de responder... recuerda usted si el señor Beverel salió en algún momento del despacho dejando solo al señor Lester?

Mortimer no meditó ni un segundo.

—Sí —respondió categórico—. Recuerdo perfectamente que se dio esa circunstancia. Mi señor, cuando estaba en su despacho con alguna visita, tenía ordenado que si le llamaban por teléfono no le pasásemos la comunicación sino que le avisáramos pretextando cualquier excusa para que él atendiese la llamada desde otro teléfono de la casa. Lo hacía para evitar que su visita escuchara algo que quizá a él no le interesaba que fuese oído. Pues bien, como le decía, ayer por la tarde, mientras estaban en el despacho, se recibió una llamada telefónica para el señor. Yo, procedí como de costumbre. El señor salió del despacho, atendió la llamada y regresó de nuevo junto al señor Lester.

—¿Recuerda quién efectuó la llamada?

—Pues... estoy en duda entre si fue el señor Mains o el señor Dearston. Ambos llamaron ayer por teléfono, pero no recuerdo cuál de ellos coincidió con la visita del señor Lester.

—Bien, Mortimer —habló el detective—. Nos ha sido usted de gran utilidad. Ahora, un último favor: Procure recordar todas las personas que visitaron ayer al señor Beverel. Confeccione una lista con los nombres, sobre todo, procurando que conserven el orden por el que llegaron y, si es posible, la hora aproximada en que lo hicieron. Haga llegar la lista a manos del teniente Cummings.

—Así lo haré, señor ¿Desean alguna cosa más?

—No por el momento. Muchas gracias, Mortimer.

Se retiró el mayordomo con una cortés reverencia.

—¡Slim Brampton estaba en la fiesta dada por Lester! —tralló Surray apenas hubo salido el criado—. Son ya muchas coincidencias las que relacionan a Milford Lester con las víctimas. Además, también es miembro del Royal Club.

Héctor pareció meditar unos segundos las palabras del teniente Richard Surray.

Tras ellos, con voz pausada, desconcertando una vez más a los policías, sentenció:

—Pese a todo... puedo asegurarte que Milford Lester no es el asesino.

Una pincelada de estupor descendió sobre el rostro de los otros.

—Pero... ¿cómo puedes saberlo? —indagó Surray, atónito.

—Por dos razones elementales, mi querido teniente Surray. Una, partiendo de la base de que el asesino es extremadamente calculador, nos demuestra que Lester es inocente ya que, si él hubiese preparado la ampolla de gas cuando estuvo aquí, y eso fue a primera hora de la tarde, corría el riesgo de que Beverel escribiese mucho antes de las doce de la noche. Otra, porque fue el propio Lester quien ordenó que se abrieran los ventanales de su mansión en el transcurso de la cena que ofreció a sus invitados, y eso, como ocurrió al principio, hacía factible la sospecha de que alguien arrojara desde el jardín, al interior del salón, la esmeralda que fue hallada junto al cadáver de Slim Brampton. Eso equivalía a auto-acusarse, teniente. Y es algo que no entraba en los cálculos del asesino. Por esas dos razones puedes ir descartando a Milford Lester.

Hubo una pausa. Seguidamente, dijo Héctor:

—Teniente Cummings, mañana por la mañana, le aguardo en mi oficina con la lista que he ordenado confeccionar al mayordomo. Tú, Surray, encárgate de tener preparada la investigación sobre las agencias de reparto, y de que venga el sargento Stadler con un informe de lo que haya averiguado con respecto a Collins y Beverel. Usted, teniente Dexter, trate de obtener información acerca de la persona que, fingiéndose enviado de Collins, compró ayer tarde la pensión Trawers. ¿De acuerdo?

Los tres policías, con el mismo respeto que si acabaran de recibir órdenes del propio comisionado, asintieron al unísono.

—¡Hasta, mañana, caballeros!

Y salió Héctor Ridgway de la casa con una sonrisa irónica entre los labios.

CAPÍTULO VI

1548, Riverside Drive.

Una magnífica quinta enclavada en uno de los más señoriales barrios de la ciudad de los rascacielos.

Lo que hoy se llama, zona residencial.

Un imponente jardín, tanto por su extensión como por el cuidado exquisito que en él se derrochaba, daba vuelta a la casa en amplia y extensa circunferencia de agradable verdor.

Y aquél, a su vez, veíase rodeado por una artística verja compuesta por agudas lanzas entrelazadas.

Buenas rentas las de Slim Brampton, teniendo en cuenta que sus pacientes del Royal Club no eran demasiados.

Así lo pensó el superdeductivo Héctor Ridgway. Y también pensó que a poco que pudiese silenciaría a los deudos del infortunado doctor, pasado borroso, sucio, en cuyo armario adivinaba un enorme esqueleto de calcinados huesos.

La vida.

Penetró en el jardín saludando al hombre que desde el pabellón de la portería agitaba la mano su paso.

Una pequeña selva.

Con sus rincones umbríos adornados de fuentes cantarinas sobre cuyos ovalados recipientes el agua chapoteaba rumorosamente.

Glorietas, arriates...

En una de aquellas distinguió Héctor la enlutada figura. Y se acercó hasta ella silencioso y cauto.

—Lorna... —pronunció en tono quedo para no sobresaltarla.

Giró la mujer sobre sí misma.

Los ojos turquesa, viva en ellos todavía la sombra del llanto, seguían siendo maravillosos.

Expresivos.

—Hola, Héctor.

—¿Cómo te sientes, pequeña?

Dejóse caer en el asiento rústico que corría paralelo a la glorieta.

Bajó los ojos al tiempo que juntaba las manos encima de las rodillas.

—Tratando de hacerme a la idea de algo que parece imposible que haya sucedido. De algo que sé cierto... y que no acabo de comprender. El... era bueno, ¿verdad, Héctor?

Una extraña duda parecía flotar dolorosamente en aquella pregunta, que más que eso era una súplica.

El hombre, con firme acento, repuso:

—Lo era, Lorna. Ni por un momento debes dudarlo. Y... —Héctor trató de dar un giro a lo que podía ser principio de una conversación engorrosa—, ¿cómo sigue tu madre?

—Agotada, deshecha. Lleva varias horas, desde que ocurrió la tragedia, viviendo como una muerta. No quiere comer y tan siquiera ha bebido un vaso de agua. Yo... quisiera estar como ella. Desesperada, ciega de dolor, sin deseos de vivir...

—Es distinto, Lorna —dijo él, sentándose a su lado—. La vida es dura y a menudo nos destroza, o trata de hacerlo, con dolorosos reveses. Pero soportamos esos difíciles trances, esos golpes duros, de acuerdo con nuestra edad y nuestro modo de pensar. Dos personas pueden sentir la misma desgracia y exteriorizarla de forma muy distinta. Tu madre, es lógico, sin ser vieja, no podía esperar más de la vida que una pacífica existencia junto a sus seres queridos hasta el fin de sus días. Uno de esos seres ha muerto, y para ella, la vida ha terminado. Tú, sintiendo la misma pena, eres joven, apenas si has abierto los ojos al mundo, tienes mucho que hacer en él y debes procurar sobreponerte y hacer frente a la vida con valor y entereza. Me tienes a mí para ayudarte...

Aquellos raudales de luz que nacían en los maravillosos ojos turquesa, salieron en busca del azul plomo de las pupilas de Héctor.

—No te comprendo —musitaron los rojos labios de ella.

Ridgway pensó que quizá había pensado en exceso; que seguramente iba demasiado lejos en el momento menos oportuno.

No podía tomarse al pie de la letra, menos en semejante situación, aquello de: «No hay mal que por bien no venga».

—Bueno... —musitó, tratando de buscar las palabras que con mayor suavidad dieran vida a su pensamiento—, es posible que no me haya expresado con acierto. He querido decir que un amigo puede valer mucho en ciertas circunstancias, que mi ayuda no debe limitarse al campo profesional y que no ha terminado, ni mucho menos, en el momento que esclarezca el caso. Puedo tratar de ayudarte moralmente,

intentar que te hagas de nuevo a la vida...

Alzó ella la cabeza. Interrumpió, con una pregunta tan concisa como concreta:

—¿De qué forma?

Ridgway, el hombre de fácil expresión que demostraba ser cuando se trataba de dar vida en palabras al fruto de su privilegiado cerebro, el hombre que había hecho de la deducción y de la sicología dos imprescindibles armas, para combatir en todos los terrenos, se encontró en suspenso ante la sencilla pregunta formulada con sencillez.

Y fue un largo minuto el que necesitó para responder:

—¿He de serte sincero?

En verdad, era contestar a la pregunta sencilla con un capcioso interrogante.

Lorna, demostrando una sensible agudeza, repuso:

—Nadie mejor que uno mismo para saber cuándo debe ser sincero con los demás. ¿Debes serlo tú conmigo, Héctor?

La encrucijada seguía siendo la misma.

—Ahora, Lorna, sinceridad es sinónimo de crudeza despiadada.

—Si pretendes huir a tu propia verdad con frases hechas, que aun sonando muy bien nada concreto expresan, veo difícil que consigas ser sincero. Ya no conmigo, sino contigo mismo.

Posiblemente, de ser testigos de aquella escena los tenientes de la Brigada de Homicidios, Surray, Dexter y Cummings, hubiesen quedado sorprendidos al ver cómo una frágil muchacha ponía en entredicho la facilidad expresiva y dialéctica del desconcertante Héctor Ridgway.

Pero el detective, en un raptó decidido, jugando su partida a una sola carta como suele decirse, desgranó:

—Hay muchos factores que influyen en la vida de los seres para que entre ellos no exista la sinceridad, o simplemente para que se huya de ella. Quizá algún día yo no quise ser sincero contigo porque algo me obligaba a huir.

Lorna, mirando al hombre intensamente, dijo con voz serena:

—No, Héctor. Sería impropio de ti recurrir ahora a un gastado argumento que intuyo sin que menciones. Algún día, como tú dices, pudimos ser algo más que amigos. Yo, lo sabes, estaba dispuesta a seguirte. Tú, no huiste a la verdad, huiste a la mujer. Huiste de mí. Sería absurdo que ahora te aferrases a unos prejuicios y convencionalismos sociales en los que nunca has creído... porque los hombres como tú están muy por encima de la sociedad, de la misma

vida y del propio mundo. Sé sincero, pero sincero de verdad, no huyas otra vez escudándote en lo que para ti no existe.

Las palabras de Lorna, pronunciadas con aquella suavidad, con la tristeza de su estado y la pena que un recuerdo y un hecho reciente mantenían en su ánimo, tenían unos matices firmes, serenos, fehacientes e irrevocables.

A una verdad tan tenuemente expuesta, sólo otra verdad podía responderse.

Así lo decidió Héctor Ridgway, aunque ello significase perder una de las partidas —ahora se daba cuenta— más importantes de su vida. Por eso dijo:

—Sí. Fue de la mujer de quien huí. De Lorna Brampton. Por egoísmo y orgullo. Dos factores éstos que a menudo equivocan las decisiones más importantes que el hombre debe adoptar en su existencia. Pero la vida, que como ha demostrado contigo sabe ser cruel, también nos ofrece en ocasiones su beligerancia. Nos invita a rectificar, aunque para ello tenga que valerse de las más dolorosas situaciones.

—¿Qué tratas de decirme, Héctor?

Bajó el hombre aquel profundo azul plomo de sus penetrantes ojos.

—Que ansío perseguir lo que un día me invitó a la huida.

—¿Es así cómo expresas el amor?

—He preferido que pronunciases tú esa palabra.

Lorna, sonrió tristemente.

—Cuando el corazón es grande, Héctor, alberga amor y dolor haciéndolos compatibles. La mujer es un ser al que el hombre no comprende a menudo, y al que, por considerarlo a veces inferior y sin importancia, tampoco se esfuerza en comprender. Yo, puedo sufrir por mi desgracia, y mantener un amor que todavía no ha muerto. Ayer, al llamarte, no pensé en un amigo... pensé en el hombre al que amo. ¿No te das cuenta que es al amor a quien se recurre cuando se siente dolor?

Ridgway, sobrecoigido muy a su pesar por la sencillez y sinceridad conque aquella mujer maravillosa abordaba en difíciles circunstancias un problema tan delicado, sintió, como había sentido la noche anterior, unos irrefrenables deseos de besarla.

La atrajo hacia sí con lentitud, alzó su trémula *barbilla*, buscó sus labios y depositó en ellos el ósculo *de* amor más vehemente y maravilloso que jamás *había* ofrecido y recibido.

Dijo, después:

—Te quiero, Lorna. Si la crueldad que la *vida te* ha mostrado es

beligerancia para que yo rectifique *mi* error, te ruego que creas en mis palabras. Siempre *te* he amado, pero nunca he querido reconocerlo *hasta* hoy. Ahora, tengo una cima que coronar. Me pediste *un* favor... y procuraré hacértelo. Luego, hablaremos *de* nuestro futuro.

Héctor se izó del rústico asiento.

—¿Te vas? —inquirió Lorna, levantándose a su vez.

Asintió él.

—Sí, pequeña. Tengo mucho que hacer todavía.

—¿Relacionado con el asunto... de papá?

—Sí. Sólo me ocupo en esto ahora. Y tengo confianza en que no tardaré mucho...

—¿En hallar al asesino?

—Exactamente, Lorna.

Se dieron un último y fugaz beso.

No de despedida.

—Hasta mañana, pequeña.

—Te aguardaré aquí, Héctor.

CAPÍTULO VII

Héctor Ridgway traspasó la puerta cuando las diez de la mañana ya habían quedado atrás.

La tarde anterior estuvo haciendo algunas investigaciones de menor importancia, relacionadas todas ellas con el caso —según los de la Brigada de Homicidios— de «Los crímenes incomprensibles», y los frutos obtenidos de aquéllas podían considerarse bastante satisfactorios.

La incansable Elva, vestida de verde aquella mañana, tenía aspecto de llevar más de una hora aporreando las teclas de su «Underwood».

—Te tengo preparado el informe, Héctor —anunció no bien hubo visto aparecer al detective.

—Perfecto, muñeca.

Y cuando Ridgway se disponía a besarla, como ya era costumbre, el recuerdo de Lorna se filtró en su pensamiento deteniendo la efusiva acción.

La otra, un tanto sorprendida por la extraña actitud que rompía la matutina y tradicional efusión, se quedó con los labios entreabiertos sin recibir el beso.

—Veamos tu informe, pequeña.

Elva, sin demostrar su desencanto, tendió varios folios mecanografiados a Héctor.

—¿Sabes una cosa? —inquirió.

El, arqueó las cejas.

—Si no me lo dices...

—Parece que a una se le pegan las costumbres de tener un jefe detective. He hecho algunas averiguaciones y he deducido por mi cuenta...

Sonrió Héctor, interrumpiéndola:

—¡Veamos la muestra de tus dotes deductivas! —exclamó.

—¿Te burlas?

—Lo digo muy en serio. Estoy esperando tus palabras.

Elva, pareció dudar antes de explicarse.

Al fin, con ligero temor, dijo:

—Slim Brampton fue envenenado con ácido prúsico. Una esmeralda apareció cerca de su cadáver. Momentos antes, Milford Lester, anfitrión de la velada, había ordenado abrir los ventanales. ¿Por qué? ¿Para que alguien arrojara desde el jardín esa esmeralda? ¡Ah!, y con referencia al veneno, he de decirte por si no lo sabes, que Milford Lester es el gerente de la Químico-farmacéutica Lester y C°. LTD.

—Lo sabía, pequeña —habló Héctor para su desencanto—. Pero pese a todas las evidencias circunstanciales que parecen acusar a Milford, puedo garantizarte que no es el asesino. ¡Eh, pequeña, no te desanimes! Tus pinitos detectivescos son extraordinarios.

Elva sonrió forzadamente.

—Quería ayudarte...

—Si no ahora, estoy seguro de que lo harás en otra ocasión. Eres una chica estupenda. ¿Alguna otra novedad?

Se palmeó ella la despejada frente.

—¡Oh!, con todo esto se me había olvidado. En tú despacho aguardan los cuatro caballeros polizontes...

Héctor esbozó una sonrisa.

—Lo suponía. Yo les cité a primera hora. Estarán desesperados de tanto esperar.

Le dio una palmadita en la mejilla y caminó hacia su despacho.

—¡Buenos días, señores!

Surray resopló como una locomotora.

—Empezábamos a temer que el asesino, enterado de lo fácil que descubres sus criminales procedimientos, hubiese ensayado contigo otro ingenioso procedimiento.

—No sufras, teniente —bromeó el detective mientras se despojaba de su gabán—. Todo se andará.

Y una vez situado tras su mesa, dijo mirando a Stadler:

—Usted tiene la palabra, sargento.

El aludido extrajo del bolsillo interior de la chaqueta el inveterado bloc de apuntes que siempre lo acompañaba.

Inquirió:

—¿Puedo empezar?

—Lo escuchamos, sargento.

Harry Stadler aclaró la voz con un par de sonoros carraspeos.

Se explicó:

—De acuerdo con lo que usted me dijo, he investigado la vida de

Collins y Beverel. Empezaré por el primero:

»Joe Collins —como en el caso de Slim Brampton—, aunque todos sus documentos lo acreditan por ese nombre, nacido el 22 de junio de 1914, en Austin, Estado de Texas, no figura en ningún registro civil de aquella ciudad un Joe Collins nacido en tal fecha. Su profesión, eso sí he podido constatarlo, era la de ingeniero electrónico. ¡Ah!, pero no ejercía como tal. Vivía de sus rentas.

—¿Rentas? —pareció extrañarse Héctor.

—Eso he dicho —ratificó el sargento—. Según los datos que obran en mi poder, Joe Collins apareció por primera vez en Nueva York sobre el mes de febrero de 1938.

—¿Igual que Brampton? —volvió a interrumpir el detective.

—Sí, señor, igual que el médico —asintió el policía—. Y para que el caso tenga más paralelismo, Joe Collins abrió una cuenta corriente en el National Bank con un cheque por importe de seiscientos cuarenta mil dólares. En 1943 contrajo matrimonio, del cual tuvo una hija que vive y se llama Leila, habiendo fallecido su esposa en el 1952. Joe Collins tenía una magnífica quinta en Seventh Avenue, donde residía con su hija, sin embargo, la noche en que fue asesinado, como ya sabemos, alquiló un cuarto en una pensión de Brooklyn sin que su hija, con la que he hablado, se explique el porqué de tal actitud.

Tras una breve pausa, siguió Stadler:

—Vamos por Jerry Beverel. Según sus documentos, nacido el 30 de enero de 1910 en Denver, Estado de Colorado.

—Consultados los registros civiles de la ciudad de Denver —interrumpió Héctor con torcido sarcasmo—, no figura en esa fecha el nacimiento de ningún Jerry Beverel. Por supuesto que tenía que ser así. Siga, sargento, ¿cuándo se dejó ver Jerry por Nueva York?

—Como los otros tres —remachó Stadler—, alrededor de febrero del año 1938.

—¿En qué Banco abrió la cuenta corriente? —interrogó el detective con una sonrisa oscura.

—New York Limited Bank. Con un cheque por importe de seiscientos cuarenta mil dólares.

—Correcto. Eso ya demuestra que...

—Un momento —atajó Stadler al detective, sonriendo extrañamente—. He conseguido algo que supongo le sorprenderá agradablemente.

—¿Y es?

—¡Que he conseguido dar con esos tres cheques[1].

De veras que Héctor Ridgway se quedó sorprendido.

—¡Eso es extraordinario, sargento! Después de treinta años... ¿cómo lo ha conseguido?

—Manitas, pesquisa, manitas. Sería largo de contar. Además, ese detalle importa poco. El caso es que he conseguido saber quién firmó esos tres cheques gemelos.

—¿Quién? —interrogó Héctor con un brillo casi febril en sus ojos.

—Wilbur Terrace. Gerente de la joyería Terrace & Lowenstein. 1167 de la Second Avenue. La entidad sigue existiendo en el mismo domicilio. ¡Ah!, otra cosa, Ridgway. Me pidió que averiguase quiénes de los asistentes a la velada de Milford Lester eran miembros del Royal periodistas, todos los caballeros restantes son afiliados Club, ¿verdad? Pues bien, exceptuadas las damas y los al mencionado club.

—¡Estupendo trabajo el suyo, Stadler! —exclamó sinceramente el detective. Y agregó, mordaz, mirando de reojo a Surray—: ¿Cuál es su sueldo como sargento de la Brigada de Homicidios? —Viendo que Stadler iba a responder, le atajó—. ¡No, no me lo diga! Por obtener su colaboración en mi oficina, le ofrezco el doble.

Sonrió el hombre, encajando bien la broma.

—Es una oferta tentadora, Ridgway. Pero tardía. Ya le he cogido demasiado cariño a lo mío.

Héctor, sin insistir más, se encaró con Surray:

—¿Qué hay de la agencia de repartos que te encargué investigar?

—Localizada —afirmó el teniente con grandilocuencia—. Brooklyn Agency. A primera hora de la mañana se presentó en sus oficinas del 648 de Myrtle Avenue una dama, completamente vestida de negro, con tocado del mismo color del que pendía un tupido velo también negro, portando tres sobres que debían ser entregados a las doce en punto a los caballeros que tú ya sabes. Le dijeron que para un servicio a hora exacta la tarifa era superior. La misteriosa dama, sin dudarlo, se ofreció a pagar el triple de la tarifa normal si le garantizaban que el reparto de los sobres se efectuaría a las doce en punto. Así se hizo —interrumpióse unos segundos el teniente, pero sin dar tiempo a que Héctor hablara, agregó—: No me pidas datos físicos de la enlutada porque el funcionario que la atendió sólo se atreve a asegurar que se trataba de una mujer joven, lo que deduce por su figura, pero de su rostro, debido al velo, no ha sabido describir una sola facción.

Héctor no hizo comentario alguno. Dijo, mirando a Dexter:

—¿Sus noticias?

—Como parece ser norma, Ridgway, se han confirmado sus predicciones. A las siete de la noche fue hallado muerto en una callejuela de Chinatown un tipo que llevaba consigo un estuche de violín. Le habían descerrajado dos balazos a boca de jarro. El encargado de la Trawers lo identificó sin dudas con el individuo que había ocupado la habitación número nueve desde la tarde anterior al asesinato de Collins. ¡Ah!, con respecto a la venta de la pensión Trawers, Andrew Mac Kinley, su anterior propietario, aseguró haber recibido sobre las cinco de la tarde, la visita de una dama completamente vestida de luto...

—Con sombrerito del mismo color y tupido velo sobre el rostro —le interrumpió Héctor con hastío—, que dijo ser la secretaria del señor Joe Collins. La venta se efectuó al contado y supongo que con muy buen precio para Mac Kinley, ¿es eso?

—Es eso, extraordinario deductor. Mac Kinley me confesó que los ingresos que obtenía de la pensión eran casi míseros. ¡Treinta mil dólares! Eso le ofreció la pretendida secretaria de Collins. Según palabras de Andrew Mac Kinley, el negocio más redondo de toda su vida.

Tampoco hizo ahora el detective nuevos comentarios.

—Su turno, teniente Cummings —dijo, mirando al aludido.

Este, se limitó a extraer una cuartilla de su bolsillo derecho de la chaqueta.

—La lista de las personas que visitaron al escritor Jerry Beverel el día de su muerte, confeccionada por el mayordomo de la casa.

Tomó Ridgway la cuartilla leyéndola con atención. Se limitó a comentar:

—Muy meticuloso el amigo Mortimer. Y sin soñar remotamente el valor que tienen sus cuidadosos apuntes —puso la lista de cara a los demás, señalando un nombre de los que allí había escrito el mayordomo. Todos lo leyeron y Héctor dijo a continuación—: *¡Aquí tenemos parte de la clave, caballeros!*

Nadie abrió la boca.

—Esta fue la última persona que visitó a Jerry Beverel aquella tarde. Y según el mayordomo, ambos salieron juntos de la casa rumbo al Royal Club. Si Beverel tuvo que cambiar su atuendo para salir a la calle, cosa que debemos tener muy en cuenta, su visita quedó sola en el despacho durante varios minutos. El tiempo suficiente para preparar la ampolla de gas y la esmeralda... con la seguridad de que Beverel ya no tocaría la

máquina de escribir hasta su regreso por la noche. Además, señores, esta persona asistió a la fiesta de Milford Lester y, sólo por ese hecho, sabemos que era miembro del Royal Club.

—¡Pero...! —exclamó Surray—. Ese hombre es...

—Ya sé quién es, teniente. Y recuerda mis palabras cuando estuvimos en la habitación de la pensión Trawers en donde Collins fue asesinado. ¿No las recuerdas? Fueron éstas: *«Me atrevería a afirmar que ya conozco la identidad del asesino».*

—¡Pero...! —reincidió Surray en su exclamación—, ¿cómo podías sospechar...?

—Lo sabrás a su debido tiempo. Pero puedo anticiparte que a nuestro asesino lo ha perdido su exceso de cálculo, su frialdad cronométrica. Aunque nos duela, debemos reconocer que es endiabladamente inteligente y un gran sicólogo. Tengo la completa seguridad de que se pasó más de un año y de dos preparando su triple asesinato concienzudamente, calculando detalles y situaciones, y sobre todo, estudiando de una forma pausada y detenida a sus víctimas. Sólo así se explica que pudiera prever la reacción de sus tres sentenciados. Llegó a conocerlos tan profundamente, a intuir sus reacciones de una forma tan exacta, que luego resultó juego de niños idear para cada uno de ellos el ingenioso y apropiado sistema de eliminarlos. Observa que Brampton, Collins y Beverel, ante la amenaza de muerte, adoptaron tres formas distintas de protección. Slim Brampton, tuvo la certeza de que su mejor defensa era la de estar rodeado de mucha gente a la hora fatídica; por eso asistió a la velada de los Lester. El asesino así lo esperaba, puesto que preparó las pastillas envenenadas. Joe Collins, por contra, imaginó que alejándose de su domicilio y ocultándose en la soledad de una mezquina habitación podría zafarse a la mortal amenaza. También el asesino previno esa reacción, como lo demuestra el hecho de enviar a su enlutada cómplice a comprar la pensión Trawers, a nombre precisamente del propio Collins, para así poder instalar la araña de cristal y el juego electrónico que había de causar su muerte. Por último, Jerry Beverel, pensó que su despacho sería el medio más seguro de defender su vida. Reacción supuesta también por el criminal, lo que motivó su tardía visita al escritor, para instalar el mecanismo en la máquina de escribir y asegurarse de que Beverel no usaría de ella hasta que el miedo, más tarde, lo impulsara a reflejar en una cuartilla el pánico que tantas veces debería haber hecho sentir a los protagonistas de sus relatos.

—Hay algo que no comprendo —intervino Clay Dexter—. Ese

hombre, el asesino según su teoría, se ha deshecho del violinista, su cómplice en la muerte de Collins. ¿Cómo no se ha deshecho de la mujer enlutada?

Héctor miró a Richard Surray.

—¿Quieres responder tú, teniente?

El aludido, lo hizo en voz tenue. Y Dexter, ante la sorprendente respuesta, abrió mucho los ojos.

—Esa mujer, amigo Dexter —intervino el detective seguidamente—, amén de encargarse de los sobres y la compra de la pensión, tuvo directa y efectiva intervención en la muerte del médico Slim Brampton. Ella sustituyó el tubo de las pastillas en la fiesta de los Lester.

—Bien —dijo Cummings—. Según usted, tenemos ya al asesino... ¿por qué no lo detenemos?

Héctor sonrió irónicamente.

—Porque todo lo que tenemos contra él son pruebas circunstanciales, amigo Cummings. Con ellas, el más drástico de los jurados lo absolvería sin necesidad de una deliberación.

—¿Entonces?

La respuesta de Ridgway dejó a los otros boquiabiertos.

—Lo obligaremos a que él mismo se confiese autor de los Crímenes.

—¡Qué! —exclamó Surray—. ¿Cómo piensas conseguir eso?

—No tardarás mucho en saberlo.

—¿Puedo hacer una pregunta? —inquirió Harry Stadler, en silencio desde que diera cuenta de sus informaciones.

—Adelante, sargento.

Stadler, como era costumbre, carraspeó. Luego:

—Sabemos, bueno, usted descubrió los ingeniosos métodos del asesino para perpetrar sus crímenes, sabemos, usted lo supone, quién es el asesino, pero... ¿por qué ese triple crimen?

Héctor meditó unos instantes. Después, habló así:

—Creo que ya insinué algo sobre este particular. Ahora, creo que puedo hacerlo de un modo más objetivo. Beverel, Brampton y Collins, el 22 de noviembre de 1936, le jugaron una mala pasada al asesino... o a un pariente íntimo de él. Sin duda, la acción de los tres asesinados, tenía que ver con algún asunto de esmeraldas como lo demuestra el hecho de que el criminal lo haya tomado como símbolo de su venganza. Sólo es una suposición, desde luego, pero no tardaré mucho en confirmarla. Ahora, caballeros, quiero pedirles un favor. ¿Me atienden?

Asintieron al unísono.

—Permanezcan en sus oficinas de jefatura hasta que reciban mis noticias. Si las cosas salen de acuerdo con mis propósitos, esta noche... *tendremos al criminal convicto y confeso.*

Ya nadie demostró extrañeza, aunque la sintiera, porque dentro de los cálculos de Héctor Ridgway todo entraba en lo factible y posible.

Sin más palabras, los tenientes de la Brigada de Homicidios, Dexter, Cummings y Surray, abandonaron el despacho del detective seguidos del sargento Stadler.

Héctor, exclamó entonces:

—¡Surray!, ¿necesitas al sargento Stadler?

—Pues... no. No necesito de él. Tú has dicho que esperemos, ¿verdad?

—Correcto. ¿Te importa que utilice sus servicios?

—En absoluto.

Y salió junto a sus colegas.

—Stadler —dijo el detective—, tengo para usted una misión algo ingrata. Lo siento.

—No le preocupe eso, Ridgway. Aunque le tenga cariño a la Brigada, debo decirle con toda sinceridad que me gusta colaborar con usted. ¡Venga esa misión ingrata!

Acto seguido, en voz queda, Héctor dio instrucciones al sargento. Este, tras asentir repetidas veces, salió silenciosamente del despacho.

Y poco después, lo hizo el propio Héctor.

Se detuvo junto a la mesa de Elva inclinándose para besar su despejada frente.

La luminosa verdosidad de las femeninas pupilas buscaron expresivamente el rostro del hombre.

—¿Te marchas, querido?

—Sí, pequeña. Te ruego permanezcas aquí. No sé si regresaré, pero es muy posible que necesite de ti.

Esta última frase pareció alegrar el rostro hermoso de Elva.

—¿De veras, Héctor?

—Muy posible, muñeca. Si se da el caso te llamaré por teléfono.

Fue ella quien se alzó de la silla para enroscar sus brazos ágiles en la nuca del detective y clavar en su boca un vehemente beso.

—No me moveré de aquí en toda la noche, si es preciso.

—Eres un cielo, «secre».

Un nuevo beso.

Y tras él, los ojos verdes siguieron apasionados la figura del hombre al perderse al otro lado de la puerta de salida.

Héctor, ya en la calle, buscó afanosamente un taxi.

No tardó en localizarlo. Y una vez acomodado en su interior, dio una dirección.

—O. K. —asintió el chófer.

* * *

1167, Second Avenue.

Terrace & Lowenstein.

Wilbur Terrace era un hombre que rebasaba los sesenta y cinco años de edad, cabellos canos, ojos pardos, facciones bondadosas y expresión afable.

Recibió al que dijo ser detective privado, Héctor Ridgway, con toda clase de atenciones y haciéndolo pasar inmediatamente a su despacho.

Héctor, sin rodeos de ninguna clase, fue directo al asunto que motivaba su visita.

Se explicó.

Tras sus palabras, meditó el joyero unos instantes, para responder de manera pausada y comedida:

—Sí, señor Ridgway. Pese a los muchos años transcurridos, es una operación que difícilmente olvidaré mientras viva. Por aquellas fechas, yo, no era más que nada. Un joyero de los muchos que había en Nueva York. Aquella ventajosa operación arrancó definitivamente mi negocio aunque, para realizarla, como vulgarmente se dice, hube de empeñarme hasta la camiseta.

»Corrían los últimos días del mes de enero de 1938 cuando recibí la visita de aquellos tres individuos. Hasta sus nombres recuerdo: Slim Brampton, Joe Collins, Jerry Beverel. Me mostraron una auténtica esmeralda. No me hacía falta examinarla para saber que era purísima. Me dijeron que tenían una cantidad respetable de ellas y que podían ofrecerlas a muy buen precio. Dudé, antes de hacer oferta alguna. Y ellos parecieron intuir mis pensamientos. El que llevaba la voz cantante me dijo entonces que aquella piedra y las otras que tenían, eran de legítima procedencia. Casi podría repetir sus palabras textuales: *«Cuando se comete un robo de piedras, máxime en cantidad, todos ustedes,*

los joyeros, reciben una circular advirtiéndoles para que denuncien cualquier ofrecimiento que pueda parecer relacionado con el robo. Además, me consta que todas las piedras de algún valor están catalogadas. Busque usted en sus listas. Así quedará tranquilo. No encontrará ninguna de las esmeraldas que le ofrecemos en esas listas».

»Desde luego —siguió el anciano joyero tras una pausa—, así lo hice. Tenían razón. El cargamento de esmeraldas que me ofrecían no era fruto de robo alguno. Según me explicaron ellos mismos al concretar la operación, habían descubierto una mina, casualmente, en Muzo, Colombia, donde llevaban residiendo algún tiempo por asuntos que ninguna relación tenían con las esmeraldas. La mina no fue en exceso prolífera, pero el cargamento, aún vendiéndolo a un precio para mí satisfactorio, les valió sus buenos dólares. Exactamente, un millón novecientos veinte mil.

—Que usted fraccionó en tres cheques de seiscientos cuarenta mil dólares cada uno, ¿es eso?

Asintió con la cabeza Wilbur Terrace.

—Exactamente, señor Ridgway.

Héctor se puso en pie. Tendió la diestra al joyero.

—Sus informes me son valiosísimos, señor Terrace.

El anciano se puso también en pie, diciendo al tiempo que estrechaba la mano del otro:

—Lo cual celebro muy de veras.

—Encantando de conocerle, señor Terrace.

—Ha sido un placer, señor Ridgway.

* * *

Héctor captó por el rabillo del ojo el taxi que se detenía muy cerca de donde estaba ubicada la joyería. Corrió hacia él.

Pero hubo de esperar a que la pasajera abonase el recorrido y abandonara el vehículo.

Primero asomaron unas piernas maravillosas.

Y Héctor no necesitó ver más para exclamar:

—¡Maida!

Ella asomó entonces su hermoso rostro.

—¡Héctor! —gritó con genuina alegría—. ¡Héctor! ¡Qué alegría volver a verte!

—El mundo es un pañuelo, preciosa —musitó el detective contemplándola a placer. Agregando—: Y Nueva York, un diminuto pedazo de este pañuelo. ¿Qué tal tu vida de mujer casada?

Se ensombreció por unos instantes la bella faz femenina.

Todas sus facciones eran agradables. En especial los ojos almendra y la golosa boca.

Su silueta, de encanto. Destacando siempre sus piernas esbeltas y bien formadas.

—Héctor... —musitó—, ¿podemos hablar en un sitio tranquilo?

—¿Cómo no, encanto?

—¡Eh! —vociferó el taxista—: ¿No me había preguntado usted si quedaba libre?

—Hace de eso mucho rato —ironizó la voz burlona de Héctor—. He cambiado de opinión, maestro. ¡Buen viaje!

—¡Muérete, estúpido!

Y arrancó como una exhalación.

Maida, la ex secretaria de Héctor, en gesto impulsivo exento de malicia alguna se colgó del brazo de él.

Entraron en un vecino *snack* sentándose en una de las últimas y más aisladas mesas.

De inmediato se acercó el camarero interesándose por lo que iban a tomar.

Ambos pidieron un «Martini» seco.

Esperaron a que regresara el hombre con los dos vasos. Una vez solos, tras ingerir un pequeño sorbo, preguntó Héctor mirándola cariñosamente:

—¿Tú dirás, pequeña?

A la hermosa mujer de ojos almendrados le pareció costar el decidirse a responder.

Lo hizo tras unos segundos de duda.

—En más de una ocasión, desde que te dejé —pronunció—, he estado tentada de llamarte por teléfono o venir a verte para darte una explicación.

—¿Una explicación? —se sorprendió en verdad el detective—. ¿Sobre qué?

—No estoy casada —soltó ella de un tirón.

—¡Pero...! —exclamó Héctor—. Tú me dijiste que habías encontrado un muchacho de buena posición que...

—Déjame que te explique —le interrumpió Maida—. Pero antes, cree que he lamentado más de una vez no sincerarme contigo cuando era el momento. No hubo tal chico de buena posición. Pero sí una carta en la que se me ofrecía un puesto de secretaria excelentemente remunerado. Acudí al lugar, me hicieron una prueba y fui aceptada al instante. El que iba a ser mi nuevo jefe, tratando de evitar un tira y afloja económico con la otra empresa, tú concretamente, me aconsejó que dijera cesar en el empleo pretextando que iba a contraer matrimonio. Así se evitaba el riesgo de que tú me ofrecieras unos honorarios más elevados. Mi situación económica era crítica. Tú sabes que mis padres son ancianos y el hogar se sostiene únicamente con mis ingresos. Decidí seguir su consejo y no perder la oportunidad de duplicar el sueldo que cobraba estando a tu servicio. Esa es la verdad, Héctor. De nuevo te suplico me perdones por no habértelo dicho entonces.

Un brillo extraño, casi incomprensible, vagó por el azul plomo de los ojos del hombre.

Sin dar aparente importancia al relato de ella, preguntó sorprendentemente:

—¿Dónde trabajas?

—En la Químico-farmacéutica Lester y C°. LTD.

No podía ni remotamente imaginar Maida el porqué del brusco cambio que se operó en el rostro de su ex jefe.

¡Qué extraña coincidencia!

—¿No es el gerente de esa firma el señor Milford Lester?

Asombrada, titubeó:

—Sí... pero, ¿he dicho algo malo?

Héctor, cambiando automáticamente su expresión, exclamó:

—¡Oh, no! Por supuesto. Además, palabra que te disculpo por tu mentirijilla. Siento de veras que no encontrases el muchacho adinerado que solventase definitivamente tu situación romántica y económica. Esto, oye... ¿cómo no estás trabajando a estas horas?

—He salido a cumplimentar unos encargos del señor Lester.

Héctor consultó su reloj.

—Pequeña —le dijo—, deberás disculparme si no soy lo cortés que debiera, pero un asunto urgente me reclama. ¿Me perdonas?

—Desde luego, Héctor.

Se puso en pie, inclinándose para besarle la mejilla, abonó la consumición y salió del local.

Maida, confusa, movió la cabeza. Luego, apuró su «Martini».

* * *

La pelirroja le dijo que no podía pasar, que el señor Lester estaba ocupadísimo, que había de solicitarse día y hora...

Héctor, cuando se cansó de escucharla, la apartó de forma poco ortodoxa encaminándose a largas zancadas hacia la puerta del fondo sobre la que un letrero en negros caracteres, anunciaba: «GERENCIA».

La abrió con cierta violencia.

—¡Buenos días, señor Lester! —exclamó sorprendiendo evidentemente al hombre que se hallaba enfrascado en el estudio de unos papeles—. Me llamo Héctor Ridgway. Si hace memoria recordará que estuve hace un par de días en su casa con motivo del trágico suceso que causó la muerte de Slim Brampton.

Milford Lester se quitó las gafas. Miró al otro curiosamente.

—¡Ah!, ¿es usted el detective que mandó avisar la señorita Lorna?

—Premio, amigo. El mismo que calza, viste y entra en los despachos ajenos muy impetuosamente. Dispone de irnos minutos para mí, ¿no es cierto?

Milford Lester sonrió pacientemente.

—Si usted lo dice...

—Hace cuestión de tres meses y pico usted cambió de secretaria, ¿es eso, señor Lester?

—Desde luego. La otra...

—La otra que usted tenía se marchó. Es de suponer. Usted le escribió a una señorita llamada Maida Compton, le hizo una prueba, la aceptó, le dijo que le colocara una fábula de matrimonios con millonarios a su jefe de entonces... ¿quiere explicarme el porqué de todo eso, señor Lester?

Milford, un tanto desconcertado, cuadró las mandíbulas, inquiriendo:

—¿Quién es usted para pedirme explicaciones de mis actos?

Héctor, con una expresión peligrosa, que raras veces lucía en sus facciones, soltó a boca de jarro:

—Soy Héctor Ridgway, detective privado. Ex jefe de la señorita Maida Compton. Investigo la muerte de un hombre llamado Slim Brampton, muerte acaecida en el transcurso de una velada ofrecida por

usted en su quinta. Relaciono, por motivos que no son de su incumbencia, el hecho ocurrido hace tres meses, con la entonces mi secretaria, con la muerte de Slim Brampton... y si usted no responde rápida y concretamente a mis preguntas, ¡le garantizo que haré comparecer ante usted al teniente Richard Surray, de la Brigada de Homicidios, con una orden de arresto por sospecha de homicidio, de asesinato! ¿Está claro, amigo Lester? Procure ser consecuente, por la parte que le toca... o voy a proporcionarle una publicidad que en nada le favorecerá.

Milford Lester, hundido en el asiento, impresionado, sudorosa la frente, musitó:

—Sí, sí. Lo que usted diga. Yo... ya le he explicado que me había quedado sin secretaria. Lo comenté con mis amigos en el Royal Club, y uno de ellos me dijo que sabía de una verdaderamente eficiente. Incluso me facilitó señas y nombre.

—¿Quién le dio esa información? ¡El nombre de esa persona!

Milford Lester lo pronunció rápidamente.

Héctor Ridgway esbozó una extraña sonrisa. Era el nombre que había esperado.

Aquello... dejaba prácticamente resuelto el «Caso de los crímenes incomprensibles».

Faltaba sólo la escena final.

Sin despedirse, dejando a Milford Lester mudo de asombro y estupefacción, salió del despacho con la misma velocidad que al entrar.

* * *

Salvó velozmente los peldaños que separaban la acera del vestíbulo de la telefónica.

Se dirigió a una de las cabinas interurbanas.

Llamó a su oficina, y cuando tuvo a la diligente Elva al otro extremo del hilo, le dijo que inmediatamente se encargara de reservarle un boleto en el primer vuelo a Colombia del día siguiente.

Colgó seguidamente para comunicarse en el acto con la oficina del teniente Surray.

—Escucha bien, teniente —le soltó no bien hubo oído su voz.

Y durante un cuarto de hora estuvo dictándole instrucciones.

Luego, tras colgar, se dirigió a las cabinas de larga distancia y

solicitó una conferencia de persona a persona con un tal señor Carlos Benítez, de Muzo, Colombia.

No tardaron mucho en ponerle la comunicación.

—¡Carlos! —exclamó—. Soy Héctor...

—¡Qué bueno oírte, viejo! —exclamó a su vez una voz cordial desde la otra extremidad del hilo—. ¿Qué mosca te ha picado?

Héctor, haciéndole comprender al otro que su llamada era de máxima urgencia, le expuso el motivo de la misma.

Benítez, recalcitrante primero, fue cediendo en su negativa a medida que Héctor le explicaba lo mucho que significaría su ayuda.

Carlos Benítez, colega de Ridgway en Colombia, ex miembros ambos del FBI, buenos camaradas que habían sido durante su estancia en Quántico, accedió a dejar todos los asuntos que le ocupaban en aquel momento y ponerse a trabajar en lo que le pedía.

—Sobre las ocho de esta noche te llamo con resultados prácticos —dijo Carlos a través del hilo—. ¿A qué número efectúo la llamada, viejo?

Héctor se lo dio.

Y luego, tras cruzarse unas frases amigables, colgaron los dos.

Héctor Ridgway abandonó la telefónica con una tenue sonrisa en los labios y pidiendo *in mente* a Dios que le ayudara.

Si su plan fracasaba, después de haber desconcertado a varios miembros de la Brigada de Homicidios y de haberlos tenido prácticamente a sus órdenes, todo aquello de los métodos sicológico-deductivos sería motivo de chanza y burla.

Su prestigio, se cotizaría muy por debajo del betún.

Él sabía positivamente que estaba en lo cierto. No le cabía duda alguna de que su hipótesis sobre «Los crímenes incomprensibles» era acertada. Estaba completamente convencido de que el asesino...

Pero... ¿mordería un asesino tan frío, calculador e inteligente, el anzuelo que él le estaba tendiendo?

Aquella noche quedaría, o no, confirmado.

CAPÍTULO VIII

La habitación estaba sumida en la tenue penumbra proveniente de los tímidos rayos que la luna enviaba a través de la entreabierta ventana.

En el fondo, a la izquierda, una cama de metálico brillo, sobre la cual un bulto dormía plácidamente.

Ni un ruido. Ni un susurro.

Penumbra y silencio.

Así fueron transcurriendo los minutos hasta que...

El pomo de la puerta que daba acceso a la habitación empezó a girar con una lentitud exasperante.

Despacio, muy despacio, cedió hacia adelante la hoja de madera.

Cual fugaz exhalación, una oscura silueta se coló en las paredes de la silenciosa habitación, cerrando tras sí, con infinito sigilo.

Evidente que los zapatos del subrepticio visitante estaban provistos de una suela recauchutada que ahogaba el posible crujido de las pisadas.

Con medidos pasos fue acercándose hacia la cama.

Se detuvo a medio metro de ella.

Una mano enguantada, que empuñaba una enorme automática provista de silenciador, se alzó lentamente.

El cañón quedó apuntando hacia la cabeza del durmiente.

Y entonces, súbitamente, de improviso, con brusquedad, la estancia se iluminó con brillantez.

Dijo una voz, destilando burlones matices:

—¿No irá a matarme, verdad amigo?

El frustrado asesino giró sobre sí mismo con centelleante rapidez. Apretando fuertemente la culata de la pistola, crispados los músculos faciales, tensos los nervios.

Brillantes los ojos, destellando chispazos de odio.

—De veras, mi querido asesino —habló Héctor, luciendo en sus labios una abierta sonrisa irónica—, que no confiaba en cazarlo con una trampa tan burda. Es impropio de usted, presentarse personalmente a

matar con un procedimiento tan arcaico, como resulta serlo una pistola con silenciador. ¿O es que su ingenio se agotó al plantear los asesinatos de Collins, Beverel y Brampton?

El otro, seguía mirándole con ojos fieros.

Y empezó a sonreír ominosamente, al percatarse de que, al menos en apariencia, Héctor Ridgway iba desarmado.

—Es usted muy inteligente, detective —musitó con voz ronca—. En tres días ha descubierto lo que me costó años de planear... sólo por eso merece la muerte.

—¿De veras? Y... ¿no siente curiosidad por saber cómo sospeché de usted?

La sonrisa del otro se hizo sádica.

—Sí... sí, desde luego. Dígamelo antes de que lo mate.

Héctor esbozó un rictus ingenuo.

—Como diría Holmes... *«elemental, mi querido Watson»*. Usted había demostrado tenerlo todo previsto, todo calculado, todo proyectado con precisión y exactitud cronométrica. Pensando eso, llegué a la conclusión de que un asesino meticuloso, frío, cerebral, inteligente... tenía que haber previsto forzosamente mi intervención en el asunto, tenía que saber que yo era amigo de la hija de Slim Brampton y que ésta, lógicamente, acudiría a mí. Pensando esto, me dije a mí mismo que, ¡oh, paradoja!, yo era la clave del asunto. Pero, si el asesino había previsto mi intervención en el caso, como muy bien podía deducirse por su calculadora meticulosidad, ¿cómo pensaba controlarme, vigilarme o eliminarme? Muy sencillo. Recomendándole mi secretaria a su amigo Milford Lester, esperando que yo pusiese un anuncio en el periódico... y *enviándome luego a su encantadora y pérfida hija Elva*. ¿Estoy en lo cierto... *señor Charlie Mains*?

Los labios del hombre que Héctor había conocido en la trágica velada de los Lester con expresión afable y palabras joviales, se curvaron sardónicamente.

—Sí, detective. Está en lo cierto —desgranó siniestramente.

—¡Ah! —exclamó Héctor sin borrar su irónica sonrisa—. Permítame que le diga, mi ingenioso y admirado asesino, que no debió usted confiar su bien trenzada labor criminal en manos de una dama. Los hombres inteligentes, amigo, jamás deben confiar el éxito de arriesgadas empresas a una mujer. Porque su hija, amigo Mains, ha cometido dos errores tremendos, garrafales.

—¡No es cierto! —tralló el hombre, encañonando al detective con

mayor firmeza.

—Ya lo creo, Charlie Mains. Y se lo voy a demostrar. El primero, esta mañana. ¿Cómo? Al tratar de fingir que me ayudaba, ha dicho: «*Slim Brampton fue envenenado con ácido prúsico*». En el informe forense, amigo Mains, se habló de muerte por envenenamiento, *pero no se mencionó la naturaleza del veneno empleado*. Ni tampoco los periódicos han citado ese detalle... ¿cómo sabía Elva que era, precisamente, ácido prúsico el veneno empleado? ¿Porque era cómplice del asesino... porque ella misma sustituyó el tubo de tabletas, aprovechando una distracción de la señora Brampton en el tocador de la mansión de los Lester? Además, mi ingenioso asesino, ella trató de encaminar mis sospechas hacia Milford Lester que, en principio, nos ofrecía usted como víctima propiciatoria. El segundo error... —amplió su burlona sonrisa—, ha sido el de tragar el anzuelo que yo le tendía con mi pretendido viaje a Colombia. Usted no podía permitir que yo efectuase ese viaje, por tanto, tenía que aprovechar esta noche para matarme. Esa era precisamente la trampa, Charlie Mains.

»Por otra parte, la dama enlutada que se encargó de llevar los sobres a la Brooklyn Agence y la dama de negro que se encargó de comprar la Pensión Trawers, en nombre del sentenciado Collins... ¿quién era, amigo Mains?

—Sí... ella, Elva. Pero de nada le va a servir el haber descifrado los procedimientos que empleé para cumplir mi venganza, ni el haber llegado tan lejos...

—¡Oh!, por favor. He llegado más lejos de lo que usted supone. Mientras fingía un viaje a Colombia, me he puesto en contacto con un colega y amigo que tengo en Muzo. Un tal Carlos Benítez, quien, no hace muchas horas, me ha revelado una historia interesantísima. Me ha hablado de un doctor llamado Kenneth Drake... de tres aventureros llamados Buck Simmons, Ray Billings y Nick Wade, ingleses los tres, que luego, a partir del año 1938, se llamaron, Joe Collins, Jerry Beverel y Slim Brampton, respectivamente. Un ingeniero electrónico, un médico y un escritor. ¡Ah, se me olvidaba!, también ha mencionado a alguien cuyo nombre era... ¡ya recuerdo!, Edgar Swidon. ¿Le cuento la historia de todos estos personajes, amigo Mains?

Un brillo diabólico partió de las brillantes pupilas del asesino.

—Yo, detective, se la puedo contar con más conocimiento de causa.

—¡Claro!, por supuesto. Como igual da morir cinco minutos antes que después... le escucho.

—Edgar Swidon —siguió el otro con entonación escalofriante—, descubrió en Muzo una rica mina de esmeraldas. Como carecía de dinero y no podía explotarla, decidió guardar el secreto. Limitóse a llevarse unas cuantas esmeraldas y se dispuso a trasladarse a la capital para registrar la mina y buscar un socio que lo ayudase. Tuvo entonces la desgracia de conocer a tres aventureros ingleses, por quienes se dejó engañar. Le convencieron de que entre los cuatro podían trabajar la mina y prescindir de capitalistas que, sin duda, se comerían la mayor parte de los beneficios. Con ayuda de algunos indígenas construyeron una cabaña en los alrededores de la mina y se dispusieron a trabajar.

«Aquella misma noche, Buck Simmons, uno de los socios del incauto Swidon, propuso que salieran de caza. Así lo hicieron. Nick Wade, uno que decía ser médico, se internó por la jungla, junto a Edgar Swidon, dejando que éste se le adelantara unos metros. Entonces, alzó su rifle y le disparó por la espalda, clavándole el proyectil en la nuca. Al caer al suelo Swidon, un jaguar que acechaba desde lo alto de un arbusto, saltó sobre él. Nick Wade, corrió a ocultarse, satisfecho de la coincidencia. Empezó a disparar contra el animal, sin que uno solo de sus primeros disparos lo alcanzase. Destrozado por la fiera, ¿quién podría demostrar que Swidon había sido asesinado? Al fin, cuando comprendió que el incauto estaba ya irreconocible, mató a la fiera. Al llegar sus compañeros y los indígenas que los acompañaban en la cacería, se dieron cuenta de la cruel muerte que Edgar Swidon había sufrido bajo las garras de la fiera. Pero en aquel instante, la hembra del jaguar saltó de entre la vecina maleza, y en los minutos de confusión que siguieron, desapareció el cadáver de Swidon. Se supuso que alguna fiera lo había arrastrado para acabar de destruirlo.

»Eso, amigo Ridgway, sucedió la noche del 22 de noviembre de 1936.

Por espacio de unos segundos, sin que Mains dejara por un momento de encañonar a Héctor, reinó el silencio.

—Pero aquí no termina la historia, detective —prosiguió el asesino con voz sádica—. No fue un animal quien se llevó el cadáver de Swidon, sino un hombre. Un hombre que, desde las sombras, había presenciado la traidora acción de Nick Wade. No llegó a tiempo de impedir el crimen, pero sí de llevarse el cuerpo, aprovechando los minutos de confusión que se crearon con la presencia del segundo jaguar. Se echó el ensangrentado cadáver al hombro y corrió con él hacia el interior de la selva.

»Aquel hombre era una especie de misionero, un médico en realidad,

llamado Kenneth Drake, que, huyendo de la sociedad que lo condenaba por haber causado la muerte a un ser irremediablemente condenado *que sufría* de forma desgarradora, habíase cobijado en lo más intrincado de la jungla, en unas antiguas ruinas sólo conocidas por los nativos.

»Drake llevó el destrozado cuerpo de Swidon a su chabola. Pensaba sepultar el cadáver cerca de allí, pero antes, le hizo un examen completo. Entonces, se llevó la mayor sorpresa de su existencia. ¡Swidon no había muerto! Aunque las posibilidades de que su vida se prolongara eran escasas, nulas. Succionó las sangrantes heridas causadas por las afiladas garras del jaguar. Destrozado, su rostro no tenía aspecto de ser humano. Pero en compensación, Kenneth Drake comprobó con alegría, que el balazo había quedado incrustado en el cráneo, sin inferir herida mortal. Valiéndose de su rudimentario instrumental, extrajo el proyectil con éxito.

»Luego, lo otro, *fue* obra de excepcional paciencia. Curar una herida y otra. Controlar la fiebre, evitando que subiera. Velar una y otra noche lo que no era *más* que un moribundo despojo humano. Así, transcurrieron meses de continua lucha. Tanto Drake como los indígenas que ciegamente le obedecían, derrocharon abnegación en aquel monstruo que volvía a la vida milagrosamente. Sí, sólo un milagro, amén del sacrificio de Drake, pudieron arrebatarle a la muerte el cuerpo de Edgar Swidon.

»De esta forma, un año después, llegó la completa curación. El cerebro de Swidon funcionó con normalidad... y revivió aquella noche aciaga en que su buena fe había sido asesinamente traicionada. Un sordo deseo de venganza le animó a vivir desde aquel instante, hasta que un día le confesó a Kenneth que estaba dispuesto a volver a la civilización para castigar a los culpables de su infortunio. Nada le importaba ya a Swidon, después de lo que había sufrido, nada. ¡Sólo la venganza! El médico, vista la inutilidad de sus esfuerzos y buenos razonamientos por convencerle de que se quedase allí con él, olvidando al mundo ruin, sus criaturas mezquinas, su vesania y crueldad, se decidió por ayudarle. El aspecto que ofrecía el rostro de Swidon no era el más aconsejable para regresar al mundo civilizado. Todos se hubieran fijado en él. Entonces, Drake le dijo: *"Puesto que así lo deseas, que se cumplan tus propósitos. Quiera Dios que algún día no te arrepientas de haberte marchado, más mi conciencia no me permite abandonarte a los riesgos que te aguardan, con las manos vacías. Yo, que nada ambiciono en la tierra, soy inmensamente rico"*. Y dichas estas palabras, condujo a Swidon al subterráneo de un ruinoso templo, donde se ocultaba un

auténtico tesoro.

»Con aquella fortuna en su poder, Swidon partió hacia Alemania para hacerse intervenir el rostro por el entonces más eminente cirujano en plástica y estética. Luego, de regreso a Colombia, siguió el rastro de las esmeraldas y, por él, a los tres canallas que lo habían traicionado y que ahora se hacían llamar: Joe Collins, Jerry Beverel y Slim Brampton.

Tras una pausa fugaz, agregó Charlie Mains con acento escalofriante:

—¡Yo soy... Edgar Swidon! Yo planeé con años mi venganza, yo, ayudado por mi hija Elva, castigué a los culpables de mi desgracia... ¡sí, yo los maté! ¡Y mil vidas que hubiesen tenido, mil veces se las hubiera arrebatado! —se interrumpió unos segundos para agregar con diabólico brillo en las pupilas—. ¡Y usted, a quien nada le iba y venía, ha estado a punto de destrozar la obra gigantesca de mi vida! ¡Por eso voy a matarle... porque le odio tanto como les odiaba a ellos!

Héctor, tensos ahora sus músculos faciales, le atajó:

—Se ha convertido usted en un demente obsesionado por una criminal venganza. No, Swidon, usted no es mejor que eran ellos. Llevaba dentro la bestia asesina, la bestia fría y calculadora, inteligente... ¿no pensó jamás que existía una ley, unas autoridades que tenían la obligación de castigar a quienes le habían causado daño? No, usted no pensó eso. Sólo en matar. De una forma metódica, retorcida, mezquina y cruel. ¡Le repito, Swidon, no es usted mejor que los canallas a quienes asesinó!

Una risotada salvaje brotó de los húmedos labios del que había vuelto al mundo con el nombre de Charlie Mains.

—¡Ja, ja, ja! ¡No vivirás para contarlo!

—Además de loco y asesino, Swidon, me demuestra ahora que toda su inteligencia no es más que producto del ansia vengadora. ¿Me cree tan estúpido como para esperarlo aquí, solo, desarmado... después de haber servido de ceпо para que usted confesase sus crímenes?

Edgar Swidon, alias Charlie Mains, no tuvo tiempo de responder.

Se abrió la puerta del armario que había en la pared de la izquierda, apareciendo el teniente Surray con un magnetofón en la derecha y un revólver en la zurda.

Por debajo de la cama asomaron los cuerpos de Cummings y Dexter, situándose a espaldas de Swidon.

—¡Entréguese! —le conminaron.

—¡No me cogeréis vivo! —gritó como enloquecido.

Y cuando los policías cerraban sus dedos en torno a los respectivos

gatillos de su arma para repeler la inútil, pero esperada agresión, Edgar Swidon dejó caer su pistola al suelo.

Se tambaleó.

Unas extrañas convulsiones azotaron su cuerpo, haciéndole contorsionarse de forma espeluznante.

Luego, con lentitud, fue doblándose sobre sí mismo hasta caer de bruces en el suelo.

Inmóvil. Enhiesto.

Significativamente rígido.

En aquel instante, abrióse violentamente la puerta del cuarto, apareció la figura de una mujer que empuñaba un revólver, que traía las facciones desencajadas, que dejaba escapar de sus ojos verdes un chorro de asesina luminosidad.

—¡Papá! —gritó—. ¡Asesinos! ¡Sádicos!

Todos se quedaron sorprendidos.

—¡Elva! —exclamó Héctor, reaccionando antes que nadie—. ¡No acabes de labrar tu desgracia!

—¡Muere... muere, maldito detective!

Pero Harry Stadler, el eficiente sargento de la Brigada de Homicidios que había recibido de Héctor la ingrata misión de vigilar a Elva día y noche, se anticipó por fracciones de segundo a la acción de ella.

¡Bang! ¡Bang!

Dos disparos.

La hermosa mujer de los ojos verdes abrió la boca. Una mueca de estupefacción se dibujó en su rostro cuando el revólver escapaba de sus dedos sin fuerza.

Quiso pronunciar una palabra, pero la bocanada de sangre que brotó por entre sus labios la ahogó.

Cayó en tierra.

Rozando con sus manos extendidas el cadáver de Edgar Swidon.

Por espacio de varios segundos, nadie habló. Cummings, Dexter, Surray y el sargento Stadler inclinaron la cabeza.

Fue Dexter quien preguntó al cabo de un rato:

—¿Se ha envenenado Swidon... o Mains?

Héctor Ridgway, inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Una sombra de tristeza vagaba por sus ojos plomizos.

—Seguramente —musitó—, ácido prúsico. Debía llevar una pequeña cápsula entre las muelas. Quizá... quizá haya sido mejor así.

—Bien —anunció Surray—, la cinta magnetofónica será una prueba fehaciente, unida a los oportunos expedientes que debemos instruir. Caso resuelto... ¡allá se las componga el fiscal!

Dexter, Cummings y el propio Surray desfilaron ante la silenciosa figura del detective, estrechándole la mano.

—Debo reconocer —pronunció Dexter, como si hablara por los demás—, que sin usted nunca habríamos llegado al esclarecimiento de esta terrible historia de crímenes. Ya sabe dónde me tiene para lo que pueda necesitar.

Harry Stadler, el buen funcionario de la Brigada de Homicidios, fue el único que se quedó en la estancia.

—No he podido evitarlo, Ridgway.

Se refería a Elva.

—Lo sé, sargento. Y le debo la vida. Pero, tenía la esperanza de poder hacer algo por ella. No era mala. Su padre la envenenó con sus desenfrenados deseos de venganza.

Asintió Stadler, pensativo.

—Hay cosas —murmuró— que parecen imposibles. ¿Quién sabe lo que oculta el pasado de un ser?

—A menudo... tragedias horribles. Como la que acabamos de vivir, sargento.

—Me encargaré de avisar al forense y a la ambulancia. ¿Tiene teléfono?

—En el *living* lo encontrará.

Los ojos azul plomo de Héctor, expresando la pena que sentía su corazón, permanecieron varios minutos clavados en la inmóvil silueta de una mujer que, por obra de esos giros veleidosos del cruel destino, había sido víctima cruenta de un pecado que pertenecía a otros.

Al mundo.

A la vida.

CAPÍTULO IX

Enlutada, de pie, mirando por entre aquel umbrío trenzado de ramas las inquietas aguas del Hudson que ondulaban agresivas al otro lado de la casa.

Allí, en la glorieta.

Mientras avanzaba hacia ella con lentitud, una frase repiqueteaba en las sienes de Héctor Ridgway...

«En ti está la felicidad de un ser que bastante ha sufrido. La amas, Héctor. No puedes permitir que un día se convierta en la víctima de un pasado que no le pertenece.»

Se detuvo a dos pasos de la mujer.

—¡Lorna!

Giró ella lentamente.

—Héctor... ¿cómo no viniste ayer?

—Estuve pensando, Lorna.

Brillaron tristemente los ojos turquesa de la hermosa mujer.

—¿En qué, Héctor?

—En la forma de hablar sobre nuestro futuro.

Sonrió, entreabriendo tenuemente sus dulces y jugosos labios.

—Y... ¿cómo has pensado que debemos hablar de nuestro futuro?

La miró fijamente.

—Con tres palabras.

—¿Y son...?

Un extraño silencio invadió la pequeña glorieta. Enmudecieron las cantarinas fuentes del jardín.

Cesaron en su agresivo ondular las aguas del Hudson.

Y sólo se oyó el tenue susurro de la voz de Héctor, al preguntar:

—¿Quieres casarte conmigo?

Ella fue a refugiarse entre los brazos que la aguardaban.

—Sí... sí... lo he soñado mil veces.

Y mil veces, los sueños pueden ser realidad.

Como realidad es un beso.

El que ellos se ofrecían mutuamente.

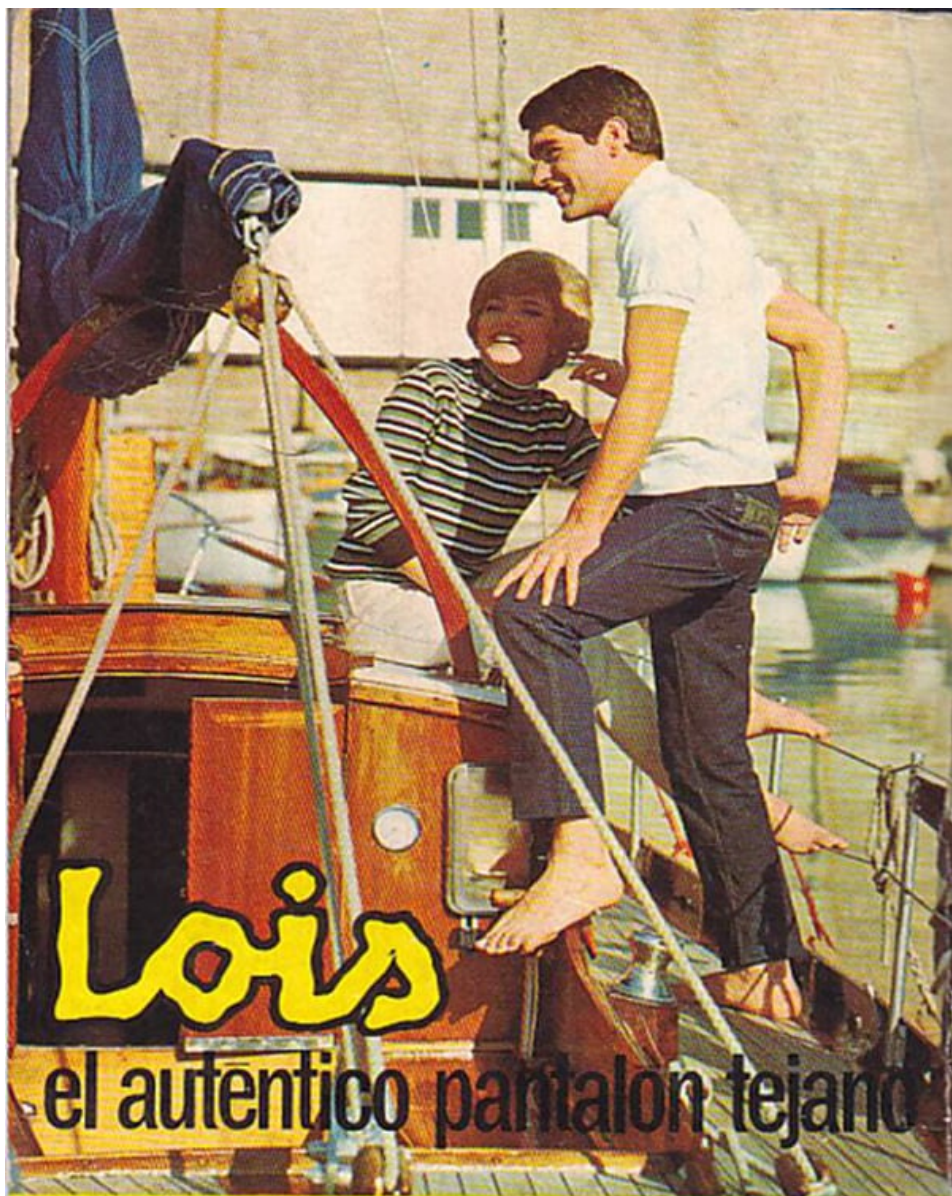
La oportunidad que la vida ofrece a los hombres para rectificar...
dimana, en ocasiones, de una historia turbulenta.

Sí, amigo.

Así es el mundo.

Ni tú, ni yo, ni nadie... lo cambiaremos.

F I N



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

NOTAS

[1] Debo aclarar al lector que los Bancos norteamericanos, una vez han hecho efectivos los cheques, los devuelven, debidamente anulados, al cuentacorrentista que los ha extendido.